

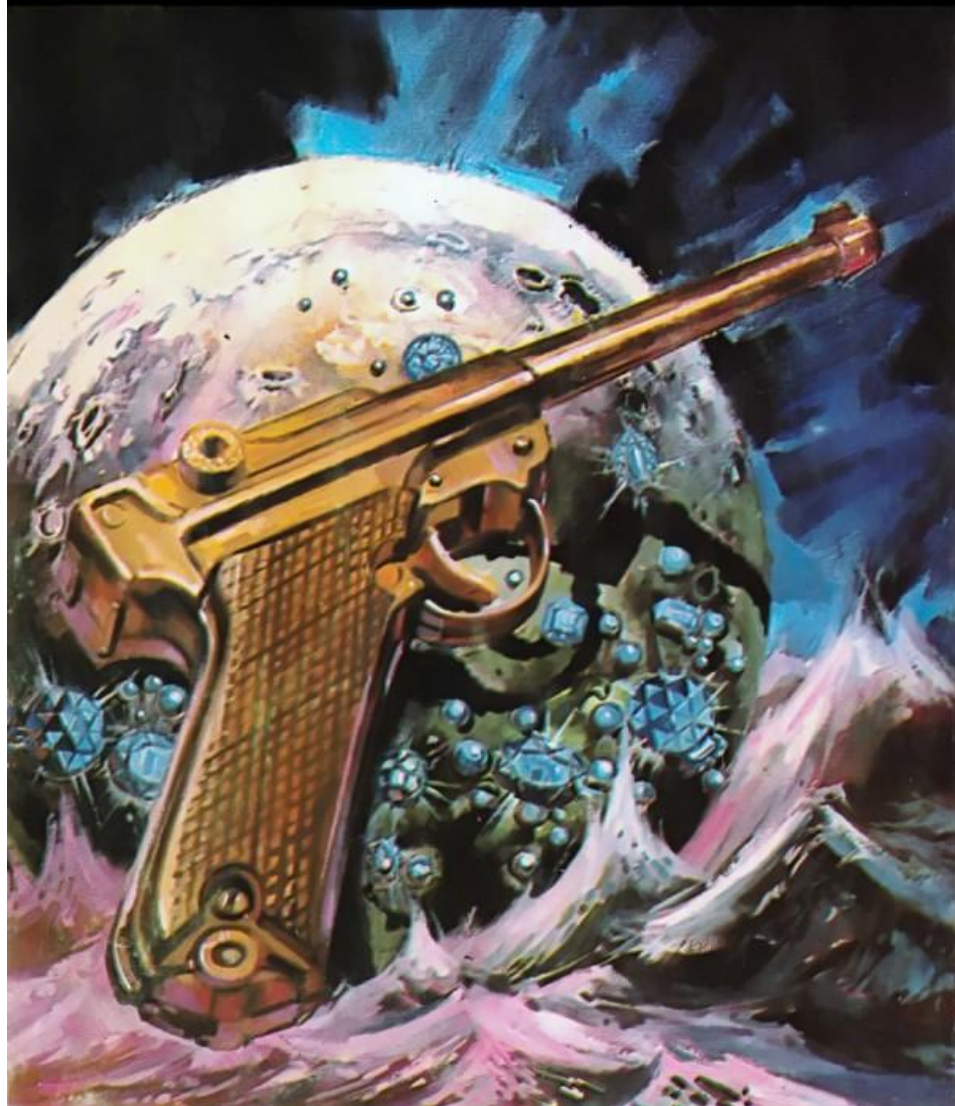
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

# ¡NO JUEgues CON MI MUÑECO!

Ralph Barby



# SS

## SERVICIO SECRETO

---



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

744 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.359 — Llévame flores a la Morgue.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.163 — Hay que saber perder.

En Colección PUNTO ROJO:

656 — La venus de los pies grandes.

En Colección. ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Más astuto que los coyotes.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.051 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120—La matanza del paso de Trout-Creek.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un «Colt».

RALPH BARBY

# **¡NO JUEGUES CON MI MUÑECO!**

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.462

Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO**

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 21.979 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.<sup>a</sup> edición: agosto, 1978

© Ralph Barby - 1978

texto

© Miguel García - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**  
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1978

## CAPÍTULO PRIMERO

El saxo bajo desgranaba sus notas graves, largas, excitantes. Unas manos huesudas y casi sarmentosas golpeaban rítmicamente dos pequeños tambores georgianos y en la pista tapizada en rojo, bajo el haz que proyectaba el foco de luz, evolucionaba Gina.

La actriz principal del *Latin Lips Night Club* había nacido en el propio Nueva York donde ahora actuaba, de padres italianos y criada en el barrio latino. Hablaba correctamente el idioma de sus mayores y bastante mal el de Mark Twain.

Evolucionaba con gracia, con auténtico sexy. Era un número de *strip-tease*, francamente bueno en opinión de algunos, y los más aseguraban que era el mejor que habían visto.

Gina tenía el pelo lacio, negro, y tan largo que rebasaba su cintura. La abundante melena se repartía por pecho y espalda, descubriendo u ocultando los lugares que la mujer pretendía.

Los grandes ojos verdes brillaron con intensidad al clavarse en el hombre sentado solo en una mesa de primera fila. Era Jack Lown. Le sonrió con sus labios gruesos, incitantes, y él le devolvió el mudo saludo.

Jack Lown comprendió, que en adelante, Gina bailarían solo para él; la conocía bien, y cuando no tenía nada que hacer se pasaba por aquel club.

Más, no solo los cálidos ojos de Gina se habían clavado en Jack Lown. Otros, sumidos en las sombras le escrutaron con rencor, quizá con odio.

Jack Lown era un hombre alto, delgado, de cabello rubio claro, peinado con ligero fleco y bastante largo sobre la nuca. Aparte de su mentón agresivo, casi cuadrado, sus ojos eran los que más delataban su personalidad: Grises y acerados, parecían cortar como una navaja de afeitar y eran irónicos y cínicos como una obra de Bernard Show.

Cuando aquella venus de piel ligeramente bronceada hubo terminado su número, recibió la salva de aplausos y silbidos inclinando su torneada figura, de tal modo que su cabeza quedó cerca de la del hombre que tan poderosamente llamaba su atención.

—Anda, Jack, déjame acompañarte esta noche —runruneó.

—Lo siento, preciosa, tengo mucho que hacer.

—Te arrancaré los ojos.

—Sería una lástima, no podría admirar tu belleza.

—¡Eres un farsante! —replicó, retirándose hasta desaparecer tras los cortinajes del fondo del escenario.

Jack sonrió; la chica le gustaba, pero no más que otras, no era hombre que se dejara atrapar fácilmente.

Consultó su reloj, eran las once y diez.

«Aún me quedan unos minutos», pensó.

Un camarero se le acercó por la espalda, inclinándose ligeramente hacia él.

—Señor Lown, le llaman por teléfono.

—Gracias, ahora voy al *hall*.

—El aparato del *hall* está estropeado, han recogido la comunicación en el teléfono interior.

—Bien, voy enseguida.

Jack se puso en pie y rodeó la larga barra iluminada en suaves rojos y azules, pasando al corredor que conducía a las dependencias interiores del club.

Una luz se encendió bruscamente en el techo y dos sujetos gorilecos, vestidos correctamente de *smoking*, se colocaron a ambos lados de su persona.

—Buenas noches, Jack Lown.

Aquel saludo, cargado de sarcasmo, brotó del umbral de la puerta que tenía delante. Bajo el dintel, un hombre grueso, bajo, de grandes bigotes y muchas canas. No podía decirse que aquel individuo valiera gran cosa desde el punto de vista femenino; si pesaba ochenta kilos, cuarenta como mínimo serían de grasa.

—Buenas noches, parece que me esperaba.

—Sí, supongo que ya se habrá dado cuenta de que eso de la llamada telefónica solo ha sido un pretexto para atraerlo.

—Sí, un cebo infantil, pero que suele dar resultado —aceptó, sonriente.

—Veo que sabe perder.

—Me temo que me está subestimando porque aún no he perdido nada, que yo sepa —advirtió con ligero cinismo.

—Sí, si ha perdido, pero antes de decirle el qué, le explicaré algunas cosillas.

—Pues, que sea rápido, me esperan.

—¿Gina? —preguntó, mordaz.

—¿Acaso le interesa? —replicó Jack mientras los dos sujetos, posiblemente exboxeadores de los pesos pesados y con puños similares a martillos de herrero, permanecían en silencio.

—Primero, ¿sabe usted quién soy?

Jack se encogió de hombros.

—Nunca me he preocupado de averiguarlo, para mí no tiene interés, pero si estos dos brutos le hacen caso es que debe ser el propietario de este antro.

—No va a herirme por ese lado, ya lo ha hecho por otro más importante. Antes sí que el club lo era todo para mí, pero ahora, ese todo lo es Gina, ¿comprende?

—Hum, parece que se ha enamorado de la chica y no se lo reprocho, es linda de veras y son muchos los que se sienten atraídos por ella.

—¿Usted se cuenta entre esos «muchos»? —siguió preguntando Edward Benini, propietario del *Latin Lips Night Club*.

—¿Qué quiere que le diga? La chica me gusta, como me gustan otras.

—Pues ella parece estar exclusivamente enamorada de usted.

—¿Y si tiene ese capricho, qué hay de malo? —preguntó irónico pese a hallarse entre los dos gorilas que en cuanto su jefe diera la orden comenzarían a golpearle. Más de uno había salido del club en dirección al hospital con varios huesos rotos.

—Sí hay de malo, porque Gina es mi esposa —aclaró Benini brillándole los ojos, sin moverse del umbral de la puerta en cuyo centro permanecía desafiante y hostil.

Lown parpadeó.

—Vaya, esa si es una noticia sorprendente.

—No irá a decirme que la creía soltera, ¿verdad?

—¿Qué quiere que le responda? De todos modos no va a creerme...

—Sí, sí que le creo —aceptó, suspirando—. Gina es mentirosa, nadie mejor que yo lo sabe, pero es bonita, una muñeca adorable que consigue todo lo que se propone.

—Lo que no entiendo es por qué se ha casado con usted.

—Por dinero, por trabajar en este club, por lucir las pieles y las joyas que deseaba, por todo eso.

—¿Lo admite?

—Sí —asintió, amargado—. Ella misma me lo escupe a la cara siempre que lo cree oportuno, cuando he tratado de prohibirle ciertas cosas.

—¿Cómo salir a la pista a hacer su *strip-tease*, por ejemplo?

—Sí. No crea que actúa por ganar dinero, ya tiene todo el que necesita. Sale porque le gusta que la admiren, que la devoren con ojos cargados de deseo y porque le espera a usted. ¿Cree que no me he dado cuenta?

—Bueno, este asunto no es de mi incumbencia. Si la chica es su esposa y se desmanda, dele unos azotes en el trasero. Quizá le coja más cariño si le pega, con las mujeres nunca se sabe.

—Imposible, yo no haría eso jamás.

—¿Le tiene miedo?

—Sé que me dejaría. La única solución que me queda es destrozarle a usted. Si lo hago desaparecer, los ojos de Gina ya no le buscarán más.

—Es inútil —objetó Jack moviendo la cabeza, escéptico—. Si su mujer tiene sanare caliente, buscará otros ojos donde mirarse.

—Destrozaré al que le siga y luego al otro y al otro... No me importa —masculló, crispando los puños.

—Mire, viejo, yo opino que está usted equivocado. Debería tener más orgullo y divorciarse de ella.

—Eso, jamás —alzó la voz y casi gritando ordenó—. ¡Golpeadlo hasta que nadie pueda reconocerlo!

Jack no logró esquivar el primer golpe propinado con el canto de la mano por uno de los gorilas y que castigó su estómago. Se ladeó instantáneamente y aquello le libró de recibir otro golpe en la nuca que le hubiera dejado como un pelele a merced de los dos guardaespaldas.

La agilidad de Jack Lown, más propia de un leopardo, le salvó de acabar en el hospital rodeado de yeso por todas partes.

Saltó de una pared a otra, como queriendo trepar por ellas, cuando entró en acción su puño y codo. Uno de los gorilas, echando sangre por la nariz, fue a dar de espaldas contra el tabique.

El puñetazo del otro sujeto, cuando trataba de alcanzarle la cara, solo le dio en el tórax debido al salto que Jack acababa de dar. Pese al dolor, le replicó con un contundente punterazo en el mentón.

Edward Benini, rígido, contemplaba asombrado la rápida escena. Vio caer primero a uno de sus guardaespaldas y luego al otro, tras estrellar su cabeza contra la pared, que siendo un simple tabique se agrietó escandalosamente.

—¡Jack, Jack!

Gina, envuelta en una bata que se entreabría mostrando sus muslos morenos, irrumpió en el pasillo convertido en improvisado *ring*.

Jack Lown la apartó suavemente. Tras sonreírle, señaló a Benini que continuaba en la puerta.

—Tu maridito ha querido gratificarme con las caricias de esos gorilas, lástima que a mí solo me agradan las femeninas.

La morena se volvió hacia el viejo, increpándole furiosa, llameantes las verdes pupilas.

—¿Cómo has sido capaz? ¡Eres un tipo horrible y fofo, un bestia sin escrúpulos, te voy a abandonar, te juro que te abandonaré!

El propietario del club desorbitó sus ojos como aterrado ante la amenaza y retrocedió unos pasos, torpemente.

Jack Lown comprendió de inmediato. Edward Benini era un poliomielítico, por eso sus piernas se habían mantenido inmóviles durante la pelea pese a haber deseado intervenir en ella para acabar con el hombre que consideraba su enemigo.

—¡No, Gina, no me dejes! —suplicó vencido, sin orgullo.

—Bueno, yo tengo que marcharme —gruñó Jack, molesto por la situación.

Gina le agarró casi febril.

—¡Espera, Jack, no te vayas, me marcho contigo!

—No, querida, tú te quedas con tu marido, es tu deber de amante esposa.

—¡Me repugna, yo solo te quiero a ti!

—¡Pero Gina, estás casada conmigo, con mi dinero! —protestó Benini avanzando hacia ella con dificultad.

—¡Al diablo contigo! —se volvió hacia Jack Lown, aferrándose a su chaqueta.

—¡Jack, llévame, seré tuya, solo tuya!

Jack miró un instante a Benini que, incapaz de caminar más por aquellos momentos, se apoyaba contra la pared. Clavó el acero de sus pupilas en el rostro alterado de la mujer y se apartó ligeramente de ella descargando su diestra sobre el hermoso rostro con una sonora bofetada.

A causa del castigo, Gina cayó al suelo con la espalda apoyada en la pared mientras se llevaba la mano a la mejilla enrojecida.

—*Buona sera*, Gina. Si te vendiste en tu boda, cumple con tu parte, que él ya ha pagado —se alejó.

—¡Jack! —gritó ella mientras su mano se cerraba en el aire como si pretendiera apresar algo que escapaba.

Benini reía sordamente sosteniéndose contra la pared; quizá se reía de ella más que de sí mismo.

Jack salió a la calle y aspiró hondo. Pese a estar viciado el aire de la multitudinaria Nueva York, jamás le pareció tan puro como en aquel instante.

Tomó su «Plymouth Volare» coupé, un espléndido modelo de los puertos, cambio automático y 3.678 c.c., esbozó una mueca de desagrado al mirar su reloj, pues le parecía que las saetas habían corrido demasiado. Pisó el acelerador a fondo, adentrándose a gran velocidad en el farragoso tráfico de la metrópoli.

Cuando llegó al Bronx, enfiló por la calle 140 y frenó ante una portería bastante oscura, pero antes de detenerse ya había descubierto la figura que buscaba.

Una mujer rubia, de largos cabellos y minifalda, si es que podía llamarse mini en vez de micro, exhibiendo unas hermosas piernas, se acercó a él.

—Eh, Margaret, ¿has olvidado ponerte el vestido antes de salir de tu apartamento?

—No seas bruto, Jack —replicó con un mohín, ofendida, mientras abría la puerta del coupé.

—Yo creí que eso de la minifalda ya no estaba de moda.

—Precisamente por eso. Cuando todas las chicas la usaban ya no tenía gracia, ahora sí destaca. Me favorece, ¿verdad?

—Bueno, tus piernas se ven magníficas y los que te miren ahorrarán fósforo porque no tendrán que imaginar demasiado.

—Eres muy mordaz —se acomodó en el asiento, cerrando la portezuela, y le agarró del brazo reclinando la cabeza contra el hombro masculino—. Debía haberme marchado, me has tenido esperando media hora.

—Perdona, me han entretenido..

—Seguro que ha sido otra mujer. Si no te conociera...

—¿Celos?

—Hum... —clavó sus ojos azulados en las luces nocturnas a través del cristal parabrisas y preguntó—: ¿Adónde me llevas?

—Podemos ir a mi apartamento, por esta noche deseo sentirme un hombre de hogar; creo que hasta encontraré unas pantuflas para ponerme.

El «Plymouth» salió del Bronx en dirección a Manhattan, atravesando el Harlem River por el puente de la calle 138. El cielo estaba plagado de estrellas y la ciudad, de luces. Los ojos de Margaret chispeaban alegres, no era fácil salir con Jack Lown. Muchas niñas bien, con millones en las cuentas bancarias de sus papas, suspiraban al pronunciar el nombre de Lown. Margaret era una de ellas pese a que a Lown no parecía interesarle el dinero ni ninguna mujer concreta; en realidad, buscaba a una chica el tiempo justo para divertirse mientras olvidaba a la anterior.

Tomó la Tercera Avenida y se detuvo frente a un edificio bastante lujoso. Allí tenía Jack Lown su apartamento, no demasiado grande, pero sí confortable y acogedor.

El ascensor les condujo al décimo piso y la llave volteó en la cerradura de aquel apartamento que Jack mantenía gracias al rotulito que colgaba en su puerta: «JACK LOWN, DETECTIVE PRIVADO». Unas letras más pequeñas advertían: «Casos vulgares, abstenerse».

El hombre dio a un conmutador y una luz mortecina iluminó la salita con dos sofás y casi una docena de almohadones desperdigados sobre la moqueta color naranja. Margaret olfateó el aire y dijo:

—Huelo a lilas.

—Quizá sea el desinfectante que suelen echar las mujeres de la limpieza.

Adelantándose, la chica descubrió un vaso con el borde manchado de carmín.

—Las mujeres de la limpieza hace mucho que no han pasado por aquí...

—¿Y qué más da? Después de todo, la salita está bien perfumada, ¿no?

—Mira, Jack, yo tengo una amiga que usa ese repelente perfume de lilas.

—Y cómo se llama? —inquirió casi con desgana.

—Patricia —silabeó despacio, buscando alguna reacción en el rostro del hombre.

—¿Patricia? Ah, pues no te preocupes, este perfume no es suyo.

Margaret suspiró ruidosamente. Se acercó luego a él y le rodeó el cuello con los brazos mientras le ofrecía sus labios.

—Eres un caradura, pero me gustas a rabiar. ¿Te lo he dicho antes?

Él mordisqueó ligeramente los labios femeninos y la apartó de sí.

—Anda, ponte cómoda. Conectaré el tocadiscos y prepararé unos

combinados.

—Como quieras —aceptó ella desapareciendo hacia el cuarto de baño con un guiño.

No tardó en dejarse oír *Je t'aime... moi non plus*, con sus significativos suspiros mientras Jack preparaba un combinado fuerte y suave a la vez.

—Querido, ¿estoy bien así? Yo me siento muy cómoda.

Se volvió hacia la puerta por la que acababa de aparecer Margaret y pese a ser un hombre experimentado, parpadeó. La chica se cubría exclusivamente con un camisoncito rosado que, en comparación, hacía parecer una sotana la falda que antes vistiera.

—¡Caramba! ¿De dónde has sacado eso que te has puesto, de una caja de cerillas?

—Lo llevaba en el bolso, es de un nylon tan fino que no ocupa sitio.

—No es preciso que lo jures y tiene una transparencia que asusta.

Con la mejor de sus sonrisas, Margaret, se acomodó en el sofá junto al hombre y tomó el alto vaso de cristal coloreado. Comenzaba a paladear el combinado cuando sonó estridente el timbre del teléfono, rompiendo con su desagradable ruido la cálida mezcla de música y suspiros.

—¡No contestes! —pidió ella, agarrándole del brazo—. Van a romper nuestra intimidad.

—Mira, preciosa, Jack Lown no deja nunca de responder al teléfono, es una manía como cualquier otra, lo siento.

Tomó el auricular y lo aplicó a su oreja mientras la chica acercaba su oído para escuchar al mismo tiempo. La apartó suave, pero enérgico.

—Jack Lown, ¿quién llama?

—Jack —sonó una voz al otro lado del hilo, bastante audible, pero lejana—. Soy Wilson.

—Hola, viejo, ¿qué tal te va la vida? —inquirió afable—. ¿Llamas desde tu casa?

—No, no, estoy en Londres...

—Continúa, te escucho.

—Tengo dificultades, Jack, estoy en peligro, necesito tu ayuda.

—Si estás en peligro, ¿por qué no acudes a la policía?

—Imposible... Me metí en un lío y si la policía toma parte en el asunto, seré uno de los que vayan a chirona.

—¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Me ayudarás? —preguntó casi jubilosa la voz de Wilson.

—Desde luego, a un amigo como tú no puedo negarle ese favor.

—¡Toma el primer avión, Jack, quizá al amanecer ya no pertenezca a este mundo!

—Pero Wilson, ¿qué ocurre? Adelántame algo, por lo menos.

—No puedo, solo te diré una cosa y no la olvides: Busca los caramelos americanos, son muy caros.

En aquel instante, la comunicación se cortó.

—¡Eh, Wilson, aguarda! —golpeó el aparato, molesto—. ¡Eh, señorita, que se ha cortado!

—Un momento, aguarde... —pidió la telefonista manipulando—. Lo siento, señor, no contestan —dijo.

Jack colgó y se puso en pie. Se ajustó el nudo de la corbata que la propia Margaret le había aflojado mientras hablaba y se puso la chaqueta.

—Eh, Jack, ¿qué vas a hacer?

—Tengo que irme, un amigo me necesita.

Margaret se puso en pie de un brinco, como una gata dispuesta a atacar.

—¿Adónde diablos vas?

—A Londres —contestó, dirigiéndose a la puerta tras recoger de un cajón su pasaporte internacional. De no existir tan férreo control en los aeropuertos, habría tomado su «P-38». Cuando llegara a Londres tendría que procurarse una.

Antes de desaparecer se volvió hacia la chica para advertirle:

—Cuando te marches, cierra bien con llave y vuelve a tirarla hacia el interior del apartamento por debajo de la puerta. A Jack Lown no le hacen falta llaves para abrir las puertas.

—¡Ojalá reviente tu avión, caradura! —rugió.

Lanzó un jarrón contra el hombre, mas chocó con la puerta ya cerrada y rebotó luego contra el suelo, era de plástico, lo que causó mayor irritación en aquella chica que veía rota una prometedora velada.

## CAPÍTULO II

La mañana era brumosa y hacía calor. Los reactores zumbaban en las pistas del *London Airport* mientras los viajeros que acababan de llegar o se disponían a partir, iban de un lado a otro como hormigas en su nidal, sin aparente orden, pero sabiendo todos cuál era su destino.

Jack Lown se disponía a salir del edificio de recepción cuando le llamó la atención el voceo de un chico vendedor de periódicos.

—¡Últimas noticias, últimas noticias, joyero asesinado y no robado, últimas noticias...!

—Eh, chico.

—Tenga, señor.

Jack pagó y el muchacho se alejó en busca de otro posible comprador.

Su presentimiento se convirtió rápidamente en una desagradable realidad: Howard Wilson había sido hallado en su joyería de Lisie Street con un balazo en la nuca. No habían robado en la tienda y la policía, desconocía más datos.

—¡Eh, taxi! —pidió Lown alzando la mano.

Había demasiados pasajeros y pocos taxis. Jack Lown no tuvo suerte y estaba aguzando la vista para encontrar otro libre cuando de un «Jaguar» salió una linda cabeza pelirroja luciendo una sonrisa de sorpresa y satisfacción.

—¡Jack! —interpeló la inglesa.

Lown la descubrió, pues la mujer maniobró rápida para colocarse junto a él.

—¡Hola, Pamela! Te creía en Estambul —dijo con aire despistado, buscando por encima del techo del «Jaguar» algún taxi libre.

—¿Estambul? —rio ella—. Ya acabaron mis vacaciones en Oriente. Por cierto, tendría que romperte esa adorable cabeza con uno de mis zapatos.

Sin prestarle demasiada atención, inquirió:

—¿Por qué, cariño?

—¡Me dejaste plantada en el hotel cuando recién había comprado el vestido más caro de mi vida para que tú me vieras! Te juro que aquel día te odié con toda mi alma —expuso la vehemente pelirroja que no hacía demasiado honor a la cacareada flema británica.

—No recuerdo —contestó evasivo.

—Vamos, sube a mi coche, te llevaré hasta el fin del mundo si no me abandonas por el camino...

—*Okay*.

Subió al «Jaguar» acomodándose frente al volante, ya que la pelirroja

se hizo a un lado.

El motor roncó con fuerza, como si se tratara de un bólido, y abandonaron el aeropuerto a los pocos segundos.

—¿Tienes un cigarrillo, querida?

—¿Te gustan turcos?

—Mientras no sean ingleses, me bastan; son demasiado suaves para un americano como yo.

La chica sacó un pitillo, que colocó entre sus propios labios para encenderlo. Tras darle un par de chupadas para dejarlo bien encendido, lo pasó a la boca del hombre.

—Ese te gustará, es fuerte.

—Mientras no sea un petardo cargado de marihuana... Aún recuerdo aquel combinado que me preparaste, con un dedo de *whisky* y diez de alcohol puro.

—Yo quería complacerte. Jack, como dijiste que te gustaban las cosas fuertes...

—Lo que tú pretendías era dejarme *groggy* en tu habitación.

—Olvidalo y yo también olvidaré que me abandonaste en el hotel de Estambul —asíó el brazo musculado y mimosa, rozó con su mejilla la chaqueta del hombre—. Tengo un bungalow precioso en Biarritz, podríamos partir ahora mismo.

—¿Ahora mismo, no tienes ningún compromiso?

—No, cariño. Mi padre sigue pasándome la pensión y yo vivo sin preocupaciones.

—Magnífico, pasaré unos días estupendos en Biarritz —aprobó Lown con falso entusiasmo mientras sus pupilas permanecían atentas a la conducción.

No tardaron en quedar inmersos en el denso tráfico de la City y al poco entraron en Chafing Cross.

—Será magnífico, podremos marchar en mi coche, lo trasladaremos en el ferry; pero ¿tú no tienes tampoco nada que hacer?

—Sí, antes tengo que visitar a un amigo, me necesita.

—¿Y qué le pasa a tu amigo?

—Que se ha muerto —respondió con la mayor naturalidad, sin matizar.

La inglesa se arregló ligeramente el cabello y se quejó.

—Tú siempre con tus bromas.

El hombre pisó el freno del «Jaguar» cuando ya se hallaban en Lisie Street, a escasos metros de la joyería. Rápidamente descubrió el coche policial y a algunos reporteros que se pegaban a las paredes del edificio con aspecto fatigado, en espera de que se filtrara alguna noticia interesante sobre el caso.

—Querida, espérame aquí vuelvo enseguida.

—No tardes, Jack.

Se alejó de la pelirroja, que se quedó soñando con Biarritz y el detective del cabello rubio que la iba a acompañar.

Cuando llegó a la puerta de la joyería, los reporteros le dedicaron una mirada de curiosidad; quizá alguno temió que aquel nuevo personaje les pisara las noticias.

—No se puede pasar —le advirtió enérgico el *bobby* de alto casco que custodiaba la entrada.

Jack Lown había tomado la placa de plata de su llavero y escondiendo en la palma de la mano la única llave que tenía del «Plymouth» que dejara en Nueva York, la pasó de un modo fugaz ante la vista del agente.

—Inspector Lown, de la Interpol —soltó con toda la desfachatez de que era capaz.

Con un movimiento instintivo, actuando por reflejos, él guardia saludó llevándose la mano al casco.

—Disculpe, inspector, es que hay órdenes estrictas de no dejar pasar.

Se introdujo en la joyería y descubrió a los hombres de Scotland Yard husmeando, fotografiando y midiéndolo todo. En el centro de ellos, como si se tratara de un eje alrededor del cual debieran girar los demás, estaba el inspector Flanagan, encargado del caso.

—Buenos días, inspector Flanagan.

—¡Si es Lown! —exclamó, sorprendido y en cierto modo alegre.

—No esperaba verme por aquí, ¿eh?

—Francamente, no. ¿Cómo te han dejado entrar si he dado orden de que prohibieran el paso?

—Le he dicho a su *bobby* que era inspector de la Interpol.

—¿Inspector de la Interpol? —repitió, asombrado. Luego, se echó a reír—. Inspector de la Interpol y precisamente tú, el tipo más granuja que he conocido... Además, existe una gran diferencia entre un inspector de cualquier cuerpo de policía del mundo y tú.

—¿Cuál es esa diferencia, inspector?

—Pues, que todos nosotros ganamos sueldos ridículos y además tenemos prohibido aceptar recompensas o gratificaciones; en cambio, tú... —golpeó con un dedo el tórax del norteamericano, que sonreía ante la velada protesta del inglés—. Anda, dime quién te ha enviado, por cuenta de quién trabajas, qué diablos vienes a hacer aquí.

—Caramba, inspector, no le deja usted respirar a uno con ese bombardeo de preguntas.

—Al menos, responde a alguna —dijo el inglés, un hombre ya maduro y con cabello canoso, pero abundante.

—Bueno, Wilson siempre ha sido amigo mío. Me telefoneó a mi apartamento de Nueva York pidiéndome ayuda —explicó Jack sucintamente, omitiendo el asunto de los caramelos americanos—. Tomé el avión y me he presentado aquí esta mañana, pero, por lo visto, he llegado

tarde.

—¿Quieres hacerme creer que porque un amigo te ha dicho «ven», has tomado un *jet* desde Estados Unidos a Londres?

—Exacto.

—Bueno, supongo que no me queda otro remedio que creerte. Tu amigo ha sido liquidado, ¿qué piensas hacer?

—Dar un vistazo general a esto y largarme.

—No pensarás meterte en este lío también, ¿eh —preguntó, mirándole de reojo.

—Oh, no, inspector, este caso ya está siendo llevado por el mejor inspector que conozco.

—Hombre, celebro que pienses así.

—¡Inspector, inspector Flanagan! —interpeló uno de los agentes.

—¿Qué sucede?

—Parece que aquí hay huellas...

—Disculpa un momento, Lown.

Los dos hombres se separaron. Jack dio paso a su agudeza y gran poder de observación; debía descubrir lo que los muchachos de Scotland Yard hubieran pasado por alto, si es que efectivamente se habían descuidado algo.

Tras la pata interior de uno de los mostradores descubrió algo blanco y pequeño. Se inclinó y alargó la mano para tomarlo. Era un caramelo de fabricación *made in USA* según pudo leer en el envoltorio.

—Eh, Lown —interpeló Flanagan acercándosele—. ¿Qué has recogido del suelo?

—Ah, inspector, ¿ya está de vuelta? ¿Cómo han ido las huellas digitales?

—Mal, muy mal, ese muchacho no hará carrera —gruñó—. Ha encontrado huellas donde todos los clientes de la joyería apoyaban sus manos, en el borde de los mostradores. Pero dime, ¿qué has recogido? Te he visto agachar.

—Bah, era algo que se me había caído antes.

Flanagan le miró suspicaz.

—¿Y qué se te había caído?

Jack sonrió y abrió su mano para mostrar lo que encerraba en ella.

—¿Un caramelo?

—Ya lo ve, un simple caramelo.

—No irás a decirme que es tuyo...

—Claro que sí. Fíjese, fíjese, pone *made in USA*.

—Puaf, me hubiera gustado más si pusiera *made in England*.

—¿Por qué, inspector, pretende que los caramelos ingleses son mejores que los norteamericanos?

—No digo tanto, aunque no me costaría demasiado afirmarlo. Si el

caramelo hubiera sido inglés, quizá sirviera como pista para hallar a los asesinos de Wilson.

—¿Un caramelo una pista...? Qué tontería, inspector.

—Lo que no entiendo es cómo un tipo como tú anda con caramelos como si fuera un niño. ¿Pretendes imitar al Kojak de los telefilmes?

—Muy simple, quiero dejar de fumar y el médico me ha recomendado chupar caramelos. Ahora dígame, ¿tiene otra salida esta tienda?

—¿Otra salida? Sí, por la parte de atrás, pero ¿por qué no deseas utilizar esa que es más ancha? ¿Te persigue alguien?

—Por desgracia, sí.

—¿Agentes internacionales o algún marido celoso?

—Ni lo uno ni lo otro, una chica, y le advierto que preferiría que me persiguiera uno de sus muchachos; son menos astutos.

—No sé si tomarlo como un cumplido o enfadarme —gruñó Flanagan acercándose a la puerta de cristal para mirar al exterior.

Sus pupilas no tardaron en descubrir a la chica que había salido del «Jaguar» y esperaba en pie, siendo la admiración de los viandantes. Su cuerpo era escultural, de senos agresivos y torneadas piernas.

—¿Es esa pelirroja? —preguntó—. Si yo estuviera en tu lugar, no buscaría más puerta que esa...

—Sí, pero resulta que soy yo y no usted, ¿comprendido?

—¡Diablos, qué suerte tienen algunos!

—¿La puerta, inspector?

—Ah, sí, por allá...

Jack Lown atravesó un corredor interior de la joyería y salió a un pequeño patio tras salvar una recia puerta de barrotes que cerraba el paso a cualquier posible, intruso y que ahora se hallaba custodiada por un *bobby*.

Quedó en una calleja angosta al final de la cual descubrió una cafetería. Entró en el establecimiento y se acomodó ante una mesa no demasiado accesible.

—Un *whisky* doble escocés y un vaso de agua —pidió.

—¿Mezclado, señor?

—No, por separado.

Ya a solas, quitó el envoltorio al caramelo y lo observó cuidadosamente, como queriendo descubrir algo anormal.

—En el papel parece que no hay nada; sin embargo, lo guardaré.

Tomó el caramelo entre sus dedos y se lo llevó con cuidado a la punta de la lengua, por si estuviera envenenado o se tratara de una droga camuflada. Notó un agradable sabor a menta.

—Aquí tiene, señor.

El camarero depositó los dos vasos sobre la mesa, el uno conteniendo *whisky* y el otro agua.

—Una pajita, por favor.

—¿Una pajita? —repitió algo perplejo el camarero jamás había visto tomar *whisky* con paja...

—Sí, una paja —insistió Lown—. Me gusta remover el agua con ella mientras pienso.

El camarero se encogió de hombros y se alejó, regresando al poco con una pajita de plástico, que Lown introdujo en el vaso de agua.

Ya sin la presencia del empleado, metió el caramelo en el agua y utilizando la paja, comenzó a removerlo. El azúcar se fue disolviendo y el agua tomó un ligero tinte verdoso.

Comenzaba a desesperar de encontrar algo cuando en el fondo del vaso quedó una especie de piedra rectangular, de un tamaño aproximado de dos centímetros de largo por uno de ancho.

Buscó en derredor y casi tras él descubrió unas largas macetas con plantas de interior. Vigiló que nadie le viera y vertió el agua en la tierra, evitando que la piedra cayera también. Lo volcó sobre su palma sacando el pañuelo la secó y limpió.

—Parece un zafiro —se dijo, intrigado—. ¿Estarán haciendo contrabando de estas piedras preciosas? Debo ponerme inmediatamente en contacto con *sir* Holloway...

Dejó el importe de su consumición sobre la mesa y abandonó rápidamente el establecimiento mientras frente a la joyería Wilson una imponente pelirroja seguía esperando.

### CAPÍTULO III

Los ojos de la linda secretaria de cabellos castaños se humedecieron ligeramente al observar al hombre de cabello rubio muy claro. Era atractivo y varonil por los cuatro costados.

—Lo siento, de veras lo siento —comenzó a decir—. *Sir Holloway* no recibe a nadie, son órdenes muy severas.

—A mí sí me recibe, muñeca. Dígale por ese aparatejo —señaló el dictáfono— que Jack Lown desea verle.

—Lo intentaré, pero me temo que no podrá ser —objetó sin apartar sus ojos de él y manipulando el aparato con los dedos—. *Sir Holloway*, aquí está el señor Lown, que desea verle. Ya le he dicho que...

—¡Si es Lown, que pase inmediatamente! —ordenó la voz cascada de aquel hombre que ya debía ser un sesentón.

—¿Se ha dado cuenta, muñeca?

—Sí, sí, pase —asintió ella, sorprendida, señalando una puerta.

Con la mirada femenina clavada sobre sus anchas espaldas, Jack Lown se dirigió a la puerta en la que un rótulo anunciaba: «*SIR HOLLOWAY*, PRESIDENTE DEL SINDICATO DE JOYEROS BRITÁNICOS». Movié el pomo y entró en el lujoso despacho.

—Amigo Lown, usted siempre es bien recibido —le saludó efusivo el hombre que abandonó su mesa despacho para acercarse a él.

—Menos mal que no se olvida de los buenos amigos —respondió Jack estrechando su mano.

—Eso, nunca. Ha hecho usted importantes trabajos para nosotros y si viene a verme, es que algo interesante quiere decirme. Le presento al señor Walter Hatty, presidente de la alta comisión de joyeros de Ámsterdam. En realidad, es uno de los mejores expertos del mundo.

—Celebro conocerle —ambos estrecharon sus manos.

Walter Hatty y *sir Holloway* se parecían bastante; los dos eran severos, graves, solo que el holandés resultaba más delgado y con mayor abundancia de cabello pese a que sus edades debían ser similares.

—*Sir Holloway*, vayamos al grano. He venido para algo que creo es interesante.

—Suelte lo que sea, Lown, estamos impacientes.

Jack hundió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo doblado. Lo colocó encima de su mano y fue apartando las puntas, dejando al descubierto lo que guardaba en su centro.

—Un zafiro azul —dijo *sir Holloway*, no demasiado contento. Por su parte, Hatty esbozó una mueca de desagrado.

—Parece que no les gusta —opinó Lown mirando a ambos alternativamente.

El presidente del sindicato de joyeros exhaló un corto suspiro y se acercó a su caja fuerte. La abrió y se su interior extrajo una caja forrada interior y exteriormente con terciopelo negro. La abrió, mostrando su valioso contenido.

—Fíjese bien.

—Caramba, está llena de piedras idénticas a la que yo he traído.

—Eso es. Aquí tenemos exactamente cuatrocientos zafiros.

—Una auténtica fortuna.

—Sí, una fortuna en zafiros —asintió Hatty acercándose a ellos—, pero en Ámsterdam tenemos otros tantos y, que sepamos, ya se han podido controlar casi cuatro mil en todo el mundo. Estamos desbordados por estos zafiros de hermoso color azul, que el público comienza a preferir.

—Bueno, yo lo ignoro todavía, pero deduzco que estos zafiros deben tener algo de malo; a ustedes no parecen gustarles y han asesinado a un amigo mío.

—¿Se refiere a Howard Wilson? —inquirió *sir* Holloway. Sin esperar una respuesta afirmativa por parte de Lown, añadió—: Hemos leído la noticia esta mañana en los periódicos y estoy esperando el parte oficial de un momento a otro.

—¿Cómo ha obtenido usted ese zafiro? —preguntó Hatty, interesado.

—Muy sencillo —repitió la historia tal como había sucedido.

—Pues ha sido una suerte que no lo pasara por alto, porque ahora sabemos que el asunto de los zafiros es más grave de lo que parece a simple vista —comentó el inglés.

—Sí, mi amigo Wilson ha muerto. Él me pidió ayuda y aunque haya muerto pienso seguir adelante con este asunto hasta aclararlo.

—¿No tratarían de robarle? —preguntó *sir* Holloway.

—El robo, como robo, está descartado. En la joyería había joyas valiosas que nadie ha tocado.

—Quizá salieron huyendo por algún motivo —apuntó Walter Hatty deseando dar su opinión.

—Tampoco —expuso Lown—. El cadáver, según mis noticias, ha sido descubierto al abrir la tienda esta mañana un empleado de confianza de Wilson y hacía horas que le habían asesinado.

—Yo creo que fue alguien que trató de robarle los zafiros.

—Es lo más posible. Alguien que deseaba apoderarse de los zafiros fue quien le asesinó, es más, creo que se llevó la mayor parte, probablemente una caja entera, solo que se le cayó uno, el que yo he encontrado.

—Pero ¿por qué querrían robarle la mercancía —insistió Hatty.

—Es algo que, por el momento, ignoramos, pero ya lo averiguaremos. Quizá Wilson se había ensuciado algo las manos con esos zafiros y al tratar

de descubrir a alguien.

—Lown, ha expuesto una teoría interesante, pero de la cual no estoy muy seguro —objetó el inglés—. Tenga en cuenta que la aparición de estos zafiros en las joyerías de Europa no es ningún secreto para un hombre de nuestra profesión.

—Sí, ya he visto que tienen muchos. ¿Qué piensan hacer?

—Una buena pregunta, Lown. Pienso hacer lo mismo que todos mis colegas de los restantes países: Tratar de reunirlos. De lo contrario, el mercado quedará desbordado por esos zafiros azules de ignorada procedencia.

—La lástima es que haya muchos joyeros que prefieren no hacer caso de las órdenes recibidas —objetó Hatty— y operan con estos nuevos zafiros que les venden a un precio bajo y sobre los cuales pueden obtener pingües beneficios.

—¿A cuánto los compran? —preguntó Lown.

El presidente del sindicato inglés fue quien informó mientras cortaba la punta a uno de sus cigarros centroamericanos.

—En todas partes tienen el mismo precio: Quinientos dólares unidad.

—Es realmente un coste pequeño.

—Nos gustaría saber de dónde proceden o, al menos, cerrar esta invasión de zafiros que puede significar la ruina para muchos —dijo Hatty, preocupado.

—Pero ¿estas gemas son naturales o de fabricación artificial? —inquirió Jack observando uno de los zafiros al trasluz de la ventana.

—Son naturales y de una gran calidad, pero, por su abundancia, harán bajar la cotización internacional de estas piedras preciosas.

—¿Y no tienen ni la más ligera idea de quién pueda ser el proveedor?

—Si dijeran que las traen marcianos, tendríamos que creerlo.

—Y dígame, *sir* Holloway, ¿qué cartas ha tomado la policía en este asunto?

—Pocas e inútiles, Lown. Scotland Yard ha sido alertado de la introducción clandestina en el país de estas gemas, pero nada ha averiguado. Además, con suerte solo encontraría un enlace, un repartidor de las piedras y lo mismo ocurriría en otros países.

—Entonces, es preciso recurrir a una policía internacional para encontrar su origen.

—Exacto, Lown —concretó el inglés, apesadumbrado—, pero la Interpol ha dicho que este asunto no es de su competencia; que si se reúnen las representaciones policiales de más de diez países para tomar un acuerdo, sí intervendrán al aprobarse el proyecto. Mientras, debe considerarse en las distintas naciones como un problema local.

—O sea, que cada país debe buscar y encontrar al enlace vendedor de las gemas.

—Y luego vendría otro, si es que el mercado promete —añadió sir Holloway, pesimista.

—Un asunto peliagudo —opinó Lown—. Y si presupone un grave riesgo con respecto al comercio de joyas, debe intervenirse rápida y enérgicamente.

—Este problema tan difícil y que ahora comienza a teñirse de sangre ha de ser resuelto por un hombre excepcional o una organización interna de detectives —de pronto, clavó su mirada en el norteamericano y golpeó su frente con la palma de la mano—. ¿Cómo no he caído antes? ¡Lown, usted es nuestro hombre!

—Lo lamento, *sir* Holloway, en este caso solo pienso llegar hasta el asesino de mi amigo Wilson.

—¿Podría ir más lejos si nosotros se lo pidiéramos?

—¿Quieren colgarme el problema de los zafiros?

—Hatty, ¿a usted qué le parece?

—De acuerdo. Nos hace falta alguien que corte de raíz esta invasión de zafiros. La policía solo consigue una cosa: incautar algunas piedras y hacer que el resto aumente de valor, ya que se siguen vendiendo. Necesitamos un hombre como Lown para destruir o, por lo menos, descubrir de dónde proceden estas gemas.

—¿Acepta el caso, Lown? —preguntó *sir* Holloway, ansioso.

—Supongo que no ignoran que soy un hombre caro de emplear.

—Creo que por ese lado no discutiremos. ¿Verdad, *sir* Holloway?

—Creo que no, mi querido colega —se volvió hacia el norteamericano y puntualizó—; Tendrá un cheque de diez mil dólares cuando termine el caso y todos los gastos de la investigación pagados.

—Bueno, bueno, señores, a eso le llamo yo hablar claro. Acepto.

—Eso nos congratula, ¿verdad, Hatty?

—Desde luego. En adelante tendremos a alguien que intentará ahondar hasta las entrañas de este molesto asunto. ¿Cómo y cuándo comenzará a trabajar?

—Ya estoy trabajando, señor Hatty. Ahora, lo que voy a hacer es guardarme un par de zafiros como muestra por si necesito compararlos, no sea que me den cristales por zafiros auténticos.

—¿Y luego? —apremió *sir* Holloway.

—Averiguaré y pronto quién elabora esta clase de caramelos en mi país, pues en realidad es allí donde se fabrican.

—Bien, Lown, es usted libre de seguir la investigación por donde prefiera, lo importante es que llegue al final cuanto antes. Mientras, manténgase en contacto con nosotros, es decir, con el propio señor Hatty.

El holandés adelantó unos pasos y sacó de su bolsillo una tarjeta que tendió a Jack Lown. En ella podían leerse las iniciales W. H., un número de teléfono y el nombre de Ámsterdam en rojo.

—Es estrictamente confidencial —dijo.

—De acuerdo. Les mantendré informados de cuanto haga o descubra y si es preciso les pediré ayuda, de índole económica, naturalmente.

—Es usted un cínico, Lown, y no se moleste porque se lo diga —expuso Holloway sonriendo abiertamente, como si al contratar a Lown para esclarecer aquel caso se hubiera descargado su mal humor—. Hatty le proporcionará todos los informes que pida. Estamos en buenas relaciones con todas las policías del mundo.

—Entonces, me pondré a trabajar de inmediato.

Se levantó y tras estrechar la mano de los dos hombres Lown se dirigió a la puerta. Salió al antedespacho.

La secretaria, que venía en dirección contraria, hubo de detenerse para no tropezar con él, desparramándose por el suelo un montón de folios que la chica llevaba en sus manos.

—¿Ha... ha terminado? —balbució ella, como subyugada por la presencia viril.

—Sí, pequeña.

La sujetó por la barbilla para besarla larga y profundamente. Ella no se resistió sino que aplastó su cuerpo contra el del hombre, entregándose por completo a la caricia.

Los brazos femeninos cayeron lánguidos y el suelo se cubrió de hojas mecanografiadas. Aún tenía los párpados cerrados cuando Lown se alejó, pidiendo:

—¡Deséame suerte, preciosa, voy a necesitarla!

## CAPÍTULO IV

La ambulancia disminuyó su velocidad al enfilar por Ulloa Street en la ciudad de San Francisco. Sin sirenas ni estridencias, se detuvo frente al edificio administrativo de la *Sugar & Caramel Corporation*,

Mientras uno de los enfermeros permanecía ante el volante, la puerta posterior se abrió y descendieron dos hombres llevando una camilla con ruedas plegables. Un tercer individuo, vestido de paisano y con un maletín de médico en la mano, les siguió hacia el interior del edificio.

Los camilleros, ahora precedidos por el galeno, se adentraron en las oficinas siendo objeto de curiosidad, pero sin que nadie les entorpeciera el paso.

Cuando llegaron al antedespacho de Alex Morgan, presidente de la corporación, su secretaria se puso en pie para preguntarles:

—¿Qué ha ocurrido?

—No se preocupe, señorita, nada grave —la tranquilizó el galeno—. Quédese aquí, nosotros nos haremos cargo de todo.

—Pero... —intentó protestar la fémina.

El médico pidió con un gesto a los enfermeros que siguieran adelante mientras él colocaba su dedo índice frente a sus labios, demandando silencio a la secretaria. Esta, sorprendida, obedeció.

—Eh, ¿adónde van con ese trasto? —inquirió, el guardaespaldas que custodiaba la puerta del despacho de Alex Morgan, situada al fondo de un estrecho corredor.

—El señor Morgan ha requerido nuestra presencia —respondió el médico mientras sus ayudantes permanecían en silencio.

El guardaespaldas, un tipo alto, fornido y con una «Luger» que abultaba bajo la chaqueta, les miró receloso.

—Un momento, iré a comprobarlo —dijo.

Dio media vuelta para encararse con la puerta y el enfermero que estaba más cerca miró interrogante a su jefe. Este asintió con la cabeza.

El guardaespaldas solo gruñó al clavarse en sus riñones una navaja que acabó con su vida.

—Déjalo detrás del sofá —ordenó el médico.

Empujaron la camilla que ahora iba sobre dos ruedas y abrieron la puerta de golpe, irrumpiendo en el despacho de Alex Morgan. Este, al verles, se puso en pie sorprendido.

—¿Qué significa esto?

—¿Señor Morgan? —inquirió el falso galeno, adelantándose y abriendo su maletín encima de la mesa.

—Sí, soy yo, pero no entiendo...

Del interior del maletín y antes de que Morgan pudiera reaccionar, sacó un frasco de *spray* con el que disparó un líquido pulverizado sobre su rostro.

El industrial sintió un fuerte escozor en los ojos, se cubrió la cara con ambas manos y notó que sus piernas flaqueaban, perdiendo el mundo de vista. Un instante después, se derrumbaba en su asiento.

—Rápido, este anestésico solo dura unos minutos —apremió el falso médico.

Los también pseudo-enfermeros cargaron con el cuerpo de Morgan y lo tendieron sobre la camilla, cubriéndolo con una sábana.

Poco después, ante la expectación de los empleados de la empresa fabricante de caramelos y derivados de azúcar, salía a la calle conducido por sus raptos, sin que nadie sospechara lo que realmente había ocurrido. El falso médico ordenó al chófer a través de la ventanilla interior:

—¡En marcha! —se encaró con uno de los otros dos enfermeros y dijo —: El pentotal debe estar preparado vamos a inyectárselo nada más despierte y antes de que se dé cuenta de que ha sido raptado para que su subconsciente no presente una defensa instintiva.

Cuando la ambulancia se ponía en marcha, despegándose del bordillo, el brazo de Morgan fue desnudado. Alrededor del bíceps le colocaron una tira de goma haciendo que la vena interior del codo comenzara a hincharse mientras la aguja hipodérmica se apoyaba contra ella, dispuesta a clavarse en el instante preciso.

—No se resistirá al suero de la verdad y pronto sabremos lo que el jefe quiere —dijo uno de los enfermeros, sonriendo.

—¡Auxilio, socorro, se llevan al señor Morgan y han asesinado a un hombre! —gritó la secretaria apareciendo en la puerta principal entre un grupo de curiosos, cuando ya la ambulancia se alejaba por el centro de la calle.

Cuando todo esto ocurría, el «Plymouth Volare» coupé de Jack Lown trataba de hallar un hueco para aparcar; también él deseaba entrevistarse con Morgan, presidente de la *Sugar & Caramel Corporation*, pues ya había descubierto que los caramelos que transportaban en su interior los zafiros azules habían salido de aquella fábrica.

Oyó claramente el grito de la chica y comprendió que acababan de adelantársele. Enfiló de nuevo el centro de la calzada y pisó el acelerador para no perder de vista a la ambulancia fugitiva.

No tuvo dificultad en seguir a la ambulancia que rodaba hacia las playas de Sharp Park.

Los secuestradores se percataron de su presencia e intentaron burlarlo sin conseguirlo. Probaron aumentando la velocidad y fue inútil, el

«Plymouth» era un coche poderoso y cargado solo con el peso de una persona no se despegó.

La ambulancia, para mejor escapar, conectó la sirena con la que se abrió paso, pero Jack Lown se colocó tras ella, sorteando a los turistas precedentes.

La ambulancia pronto se apartó de la carretera general para tomar otra solitaria y sin asfaltar que se introducía entre colinas yermas y plagadas de alacranes, pequeños arbustos y grupos rocosos donde el sol parecía abrasar más que en otro lugar.

El cristal parabrisas del «Plymouth» se llenó de polvo que despedían las ruedas de la ambulancia, al circular por aquella infame carretera, entorpeciendo la visualidad.

Oyó unos silbidos inconfundibles y dos orificios se abrieron en el cristal parabrisas.

—¡Malditos, quieren hacerme cosquillas con su plomo, será conveniente que les envíe algunas de mis píldoras!

Aplastó el cuerpo sobre el volante para ofrecer el mínimo blanco y siguió conduciendo haciendo saltar el coche sobre los guijarros del camino o ante los socavones que las ruedas hallaban.

Desenfundó su «P-38» y la asomó por el lado del coche, disparando por tres veces.

—Parece que les he dado —se dijo, satisfecho, al oír un fuerte chirriar de ruedas tras una ligera explosión.

La ambulancia comenzó a hacer eses como si su motor hubiera enloquecido. Después, salió del camino parapetándose entre unas rocas.

Jack Lown tuvo que hacer otro tanto en distinta dirección, pues recibió una granizada de balas que estuvo a punto de mandarle a hacer compañía a su amigo Wilson.

En medio de la polvareda, vio claramente a un tipo vestido de blanco y con una gorra del mismo color. Disparó sobre él y le vio caer. Después, tuvo que esconderse para no ser abatido él por los plomos de sus enemigos.

Siempre perseguido por las balas, trató de avanzar cuando oyó el ruido de un motor muy potente que le dejó perplejo. Al poco, de detrás de las rocas, vio elevarse un helicóptero que debía haber aguardado en aquel sitio la llegada de los asesinos.

—¡Maldita sea, se escapan! —gruñó, protegiéndose mejor entre las rocas, pues desde lo alto continuaban disparándole.

Replicó con su «P-38» hasta agotar el segundo cargador. No consiguió hacer caer el aparato, pero se sintió satisfecho al ver que le había tocado el depósito de carburante y si bien no lo había incendiado, sí le practicó un agujero del calibre 38 por el que comenzó a perder gasolina; no llegaría muy lejos.

Dio media vuelta y corrió hacia la ambulancia, que se hallaba con las puertas totalmente abiertas y cubierta de polvo.

Del interior escapaba un gemido agonizante. De un salto, penetró en la blanca furgoneta.

Morgan continuaba sujeto a la camilla por unas anchas correas que cruzaban de lado a lado. Su brazo aparecía desnudo y manchado de sangre y en su pecho destacaba una desagradable mancha roja. Le habían disparado a sangre fría antes de abandonarle.

Pero, Alex Morgan no había expirado aún. Jack Lown le cogió la cabeza con ambas manos y se encaró con él.

—¡Vamos, amigo, todavía no se ha perdido todo, ayúdeme a vengarle!

—No sé, no sé —repitió de un modo febril y quedo, casi inaudible, con los ojos desorbitados fijos en Lown.

—¿Dónde están los zafiros?

Morgan, aún bajo los efectos del pentotal, respondió con la verdad que él conocía.

—En los muñecos negros.

—¿Qué muñecos negros? —insistió Lown, intrigado.

No obtuvo respuesta. Morgan seguía mirándole fijo, más sus pupilas ya estaban vidriosas, acababa de morir. Lown ahogó una exclamación de cólera cuando en el piso del vehículo vio la ampolla rota de la inyección que habían puesto al industrial.

—Pentotal, el suero de la verdad —masculló entre dientes—. Esos tipos trabajan por todo lo alto, no son simples aficionados, hasta tenían un helicóptero esperando. Esto se pone muy feo...

Se acercó al muerto que yacía entre las rocas; era el chófer de la ambulancia. Le registró y no encontró nada que pudiera darle una pista, ni siquiera etiquetas en la ropa.

Iba a alejarse ya hacia el «Plymouth» cuando atrajeron su atención los rasgos fisonómicos del muerto. Parecía un occidental y, sin embargo, le recordaba a un asiático. Y si lo imaginaba como oriental, le parecía un occidental.

Puso en marcha el «Plymouth» y dio media vuelta enfilando hacia la carretera general de regreso a San Francisco. La carrocería de su coche, acribillada a balazos y con el parabrisas singularmente perforado llamaba la atención de cuantos le veían.

Regresó al edificio de la *Sugar & Caramel Company* frente al cual se hallaba un coche policial y dos agentes uniformados de la Metropolitan custodiando la puerta para que nadie entrara o saliera de la corporación.

—¿Quién está a cargo de esto? —preguntó Lown, uno de los policías.

—El teniente Corby —fue la respuesta.

—Entonces, voy a verlo.

—Lo siento, está prohibida la entrada.

—Para mí, no. Soy Jack Lown, detective privado. Mire mi coche, los secuestradores acaban de perforármelo a balazos.

Todavía estaba el hombre de la Metropolitana contemplando el deplorable estado del «Plymouth» cuando ya Lown había penetrado en el edificio donde un sargento interrogaba pacientemente a cada uno de los empleados antes de recomendarles que se marcharan a sus casas; el trabajo había terminado por aquel día.

Le fue fácil llegar al antedespacho de Morgan. Allí había dos *G-men* y la secretaria del presidente de la corporación.

—Teniente Corby —interpeló Jack acercándose a un hombre vestido con traje gris claro como su cabello hirsuto, cortado al cepillo.

—Hum, Lown, le estaba esperando.

—¿Sabía que yo había metido las narices en esto? —preguntó, sonriendo.

—Ha sido fácil adivinarlo. La señorita me ha contado que un hombre con un «Plymouth», de aspecto agradable y cabello rubio muy claro, ha salido en persecución de la ambulancia fugitiva —se volvió hacia la chica y preguntó—: ¿Es él, verdad?

La trigüeña de pechos generosos, con más de veinte y menos de veinticinco años, la edad en que una mujer se puede considerar una fruta en su punto, asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Pues sí, he sido yo.

—¿Y qué, le han dado el esquinazo?

—Han tratado de hacerlo, pero no es fácil conmigo.

—No me diga que los ha atrapado...

—No, pero sí he intervenido en la refriega.

—¿Ha habido tiroteo? —gruñó el teniente Corby, que al igual que su ayudante tenía la vista clavada en el detective privado.

—Mi coche está afuera hecho un colador.

—¿Y ellos?

—He alcanzado a uno, era el chófer de la ambulancia y ha muerto.

—¿Y el señor Morgan? —inquirió la joven trigüeña.

—Ha muerto. Antes de huir le han pegado un balazo a quemarropa y a sangre fría. Todavía está dentro de la ambulancia y sujeto a la camilla.

—¡Qué contratiempo! —se lamentó el teniente Corby—. Esos tipos pagarán caro su crimen y dígame, ¿qué ha sido de los demás?

—Por lo visto, lo tenían todo muy bien organizado. Entre las rocas esperaba un helicóptero en el que han huido, aunque, para su tranquilidad, le diré que les he perforado el depósito de combustible. No llegarán lejos.

—Ha hecho un excelente trabajo —felicitó Corby—. Ahora nos indicará en qué sitio ha quedado la ambulancia; de allí partiremos para la búsqueda del helicóptero fugitivo.

Corby tomó nota de la situación del vehículo a bordo del cual se

hallaba el cadáver de Morgan y ya se alejaba cuando se volvió para preguntar, inquisitivo:

—Por cierto, Lown, ¿cómo es que se ha metido en este asunto tan de lleno?

Jack sonrió abiertamente, como un niño que nada tiene que ocultar.

—Pasaba por la calle; la señorita salió gritando lo que sucedía y me dije que era un deber salir en persecución de los secuestradores.

—Es verdad, así ha ocurrido —corroboró la trigueña sin apartar sus ojos del hombre del cabello rubio.

—De acuerdo, Lown, mis felicitaciones por su intervención.

El teniente se alejó rápido en pos de sus hombres que como abejas laboriosas, se ponían manos a la obra.

En el antedespacho del fallecido Morgan quedaron a solas Lown y la atractiva secretaria que no parecía tener ojos más que para él. Quizá fuera idéntico al hombre que protagonizaba sus sueños eróticos.

—Oye, preciosa, cuando has salido gritando he creído oír que habían asesinado a un hombre. ¿De quién se trataba?

—Era un protector del señor Morgan.

—¿Un guardaespaldas?

—Algo así, pero al señor Morgan no le gustaba que le llamaran de esa forma.

—¿Y qué has hecho con el cadáver?

—Una ambulancia de la policía lo ha trasladado a la Morgue. He pasado un miedo... Lo he descubierto yo, acuchillado en el suelo, estaba horrible.

—Vamos, vamos, no te pongas a llorar que se te va a correr el rímel. Ahora, me gustaría ver el despacho del señor Morgan. Soy detective privado y ya que me han agujereado el coche y por poco el pellejo, desearía colaborar un poco más.

—Con mucho gusto, venga conmigo.

La trigueña le condujo al despacho de Morgan franqueando la entrada ella misma.

—¿Han tomado ya las huellas digitales?

—Creo que sí, míster Lown.

—Lláname Jack, muñeca. En tus labios no suena bien ese tratamiento tan severo y me gustaría que me tutearas.

—Está bien, Jack —aceptó ella, comenzando a sonreír.

Jack Lown dio una rápida ojeada al despacho y de inmediato descubrió una vitrina cerrada con llave y en la que se hallaban expuestos muñecos de artesanía con el mismo rostro que aparecía en los envoltorios de los caramelos de la firma, ataviados con trajes de color negro. Encima de la vitrina había más muñecos, con vestidos multicolores. No quiso centrar enseguida su atención en ellos para no despertar sospechas y se fijó en otra

cosa, preguntando:

—¿Para qué es ese calderín y todos esos otros chismes?

—Es una pequeña planta piloto que el señor Morgan se hizo construir especialmente.

—¿Para qué?

—Como todos los hombres, era una especie de niño grande. Otros se divierten jugando con trenes.

Lown, que deseaba ganarse la confianza de la trigueña, alargó su mano para acariciar a la chica y luego la atrajo hacia si para besarla en los labios sin que la mujer se opusiera lo más mínimo.

Cuando se separaron, ella le miró como fascinada, como un mono a la devoradora serpiente.

—¿También yo soy un niño?

El sensible cuerpo de la fémina se estremeció. Logró reponerse y evadiendo la respuesta, explicó, refiriéndose a la pequeña caldera y accesorios circundantes:

—El señor Morgan gustaba a veces de elaborar caramelos él mismo. Pedía azúcar refinado al almacén esencias y los fabricaba.

—¿Y qué hacía con ellos? —preguntó Lown, suponiendo que era el propio Morgan quien introducía los zafiros azules en los moldes para caramelos, acabando de llenarlos con pasta líquida. De este modo, nadie más que él se enteraba de sus sucios manejos.

—A veces nos regalaba alguna caja a los empleados más adictos o se las llevaba para darlas a sus amigos. Se sentía orgulloso de sus propios caramelos, los mejores de la firma según él.

—¿Y eso era verdad? —pregunto irónico.

—A veces no conseguía tanto, pero como era el patrón...

—Ya, había que afirmar e incluso jurar que eran los mejores.

—Eso es.

—Y esos muñecos, ¿que son? —preguntó señalando a vitrina dentro de la cual estaban los muñecos vestidos de negro. Encima y puestos en hilera los había de todos los colores exceptuado el negro.

—En determinados caramelos salen unos puntos. Los que logran reunir la cantidad correspondiente reciben un muñeco mascota que, como podrás comprobar, es de calidad y no de plástico barato como los que regalan otras firmas.

—Sí, ya veo. La cara, brazos, manos y piernas son de excelente látex y el resto, de fieltro y retazos de pieles. ¿Los fabrican aquí en San Francisco?

—Oh, no, los importan de Japón. Fíjate, aquí tienen la etiqueta bajo el pie derecho *made in Japan*.

—Sí, ya veo. Lo que no pone es el nombre del fabricante.

—Los exportan exclusivamente para nosotros, es un modelo único.

—Me agradaría conocer el nombre del fabricante, son muñecos de

excelente calidad y si alguna vez me interesara regalarle a una chica los buscaría de este fabricante.

En cierto modo, la trigueña se sintió halagada, ya que era la empresa para la que trabajaba quien regalaba tales muñecos.

—Los fabrica la empresa Omura de Tokio.

—Muy interesante. Bueno, después de mi intervención en este caso y ya que me han agujereado el coche me gustaría llevarme uno de estos muñecos sin esperar a reunir los puntos necesarios. ¿Puede ser? —preguntó, sonriendo abiertamente.

—Sí, claro no faltaría más. Después de todo, el señor Morgan ha muerto y nadie va a enterarse, aunque estoy segura de que él mismo te lo hubiera regalado muy gustoso después de intentar salvarle.

—Entonces, me llevaré uno de esos negros.

—Oh, los negros no puede ser, están encerrados con llave en la vitrina.

—¿Por qué? —preguntó Lown parpadeando visiblemente.

—Porque el señor Morgan tenía preferencia por ellos. Cada vez que llegaba un envío, al abrir las cajas él estaba presente y separaba los negros. Eran sus predilectos, ya que de cada cien muñecos. Omura solo manda uno con el traje negro.

—Bueno, tú misma has dicho que el señor Morgan ha muerto y no se va a enterar de nada.

—Es que yo no sé dónde guardaba la llave de la vitrina.

—Oh, eso no será un impedimento para mí. Un buen detective privado es casi como un caco: No necesito llaves para abrir las puertas cerradas.

Antes de que la chica pudiera hacer objeciones, Lown sacó una pequeña ganzúa con la que abrió la cristalera. Cogió un muñeco del centro y volvió a cerrar con sumo cuidado.

—Eso no está bien, la cristalera se hallaba cerrada y...

No pudo continuar con sus protestas; el hombre le selló la boca con un prolongado beso y luego la arrastró hasta el mullido sofá tapizado en piel.

Le hizo olvidar cuanto había hecho, hacia o debía hacer... Solo supo que estaba en la gloria.

Un rato después, la trigueña, desmadejada, soñaba con una nueva cita concertada con el agradable Jack Lown y este se hallaba a bordo de su perforado «Plymouth».

Tomó un afilado estilete y abrió en canal al muñeco, poniéndolo boca abajo. No pudo contener un silbido al ver salir de su interior un montón de zafiros azules.

—Caramba, caramba... Por lo visto, el negocio sigue y con gran producción. Ese Morgan era muy astuto, prefería guardar los zafiros dentro de los muñecos en vez de en su caja fuerte. De esta forma, si le robaban la caja, no le quitarían las gemas, pues nadie supondría de esos muñecos un valor superior a cinco dólares. Parece que llevo bien la pista, será preciso

coger el primer avión para Tokio si no quiero que los tipos del helicóptero se me adelanten. Lo siento por la trigueña, pero no voy a poder acudir a la cita...

Pisó a fondo el acelerador del «Volare» rodando a gran velocidad hacia el San Francisco Airport. Para Frank Lown, el mundo se estaba haciendo pequeño.

## CAPÍTULO V

El turborreactor «Boeing» de la *Japan Air Lines* tomó tierra con precisión y suavidad, una precisión muy propia del pequeño, pero concienzudo piloto nipón.

En un taxi de línea norteamericana, Jack Lown abandonó el aeropuerto internacional de Haneda, sumergiéndose poco después en la populosa ciudad.

Tokio, al igual que Hong-Kong, era una perfecta amalgama del mundo oriental y el occidental; quizá se diferenciaban ambas ciudades en que Hong-Kong estaba más europeizada y Tokio, más norteamericanizada en cuanto a sus costumbres se refería.

En las calles de Tokio se entremezclaban con la mayor naturalidad kimonos y trajes de corte europeo. Bonitas japonesas ataviadas al estilo ancestral y otras no menos atractivas con *blue-jeans* ajustados a las redondeadas nalgas. El mundo también era pequeño para la moda, que iba rápidamente de un continente a otro sin barreras idiomáticas o políticas.

El taxi se introdujo en la calle Nihombashi, una de las más occidentalizadas de la capital nipona, y acabó por detenerse ante el Occidental King Hotel.

Cuando Jack Lown estuvo instalado en la lujosa *suite*, se aisló del exterior cerrando la puerta con llave y colocó en la parte exterior el letrero de «NO MOLESTEN». Fue al teléfono y llamó a la centralita.

—¿Diga, señor? El Occidental King Hotel a su disposición —le habló una voz femenina en perfecto y dulce inglés. Jack supuso que sería una linda japonesita, ya que las chicas occidentales no solían ser tan amables y atentas en su trato.

—Póngame conferencia con Ámsterdam.

—¿Número, señor? Si no lo conoce, díganos el nombre con quien desea comunicar y ya lo buscaremos nosotros.

—No hace falta —le dictó el número de Hatty.

—Bien, señor. Seguramente habrá demora internacional; en cuanto esté la llamada, le avisaremos.

—De acuerdo y si no contesto enseguida, insista con los timbrazos, llevo sueño atrasado.

—Bien, señor. Que descanse con un sueño placentero.

Cuando Lown colgó el auricular pensó:

«Si todas las mujeres fueran igual, el mundo sería una balsa de aceite».

Se desvistió, preparándose el baño. Lo tomó con gran placer y desnudo, se zambulló bajo las sábanas limpias y perfumadas.

Cuando oyó el estridente timbre del teléfono situado en la mesilla de noche, miró la hora pensando que no le habían dejado dormir un solo minuto; se maravilló de que hubieran transcurrido tres horas.

—Lown, esperaba su llamada —respondió en holandés la voz de Hatty, no demasiado clara—. ¿Hay noticias?

—Estoy en Tokio —dijo Lown en el mismo idioma para evitar que su conversación fuera comprendida.

—¿En Tokio? —repitió Hatty, sorprendido—. Le creía en San Francisco.

—Allí estuve poco tiempo, toda sucedió muy rápido.

—¿Visitó la *Sugar & Caramel Company*?

—Sí, pero solo pude ver a Morgan en la agonía. Instantes después fallecía de un balazo entre las costillas.

—¿Lo mató usted?

—No, fueron otros tipos que andan pisándome los talones o mejor, yo se los piso a ellos. Logré liquidar a uno.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo ignoro, no llevaba documentación, ni siquiera etiquetas en sus ropas. Esos sujetos trabajaban bien, tienen una completa organización y por lo visto no pertenecen al grupo que ha puesto en circulación los zafiros azules.

—¿Por qué supone eso?

—Muy sencillo. En Londres, Wilson trabajaba para los traficantes; por lo menos, eso se supone y Morgan también. Sin embargo, esos tipos secuestraron a Morgan y antes de liquidarlo, le dieron una inyección de pentotal.

—¿Pentotal? —se sorprendió el holandés.

—Por lo visto deseaban saber de dónde obtenía él los zafiros.

—¿Y lograron averiguarlo?

—Imagino que sí, aunque creo que les he ganado un poco de tiempo. Logré agujerearles el depósito de carburante del helicóptero en el que intentaban huir y luego lancé a toda la policía de California tras ellos. Me temo que serán lo suficientemente astutos como para escapar, pero al menos tardarán en llegar a Tokio, si es que no tienen enlaces aquí.

—¿Y cómo está usted en el Japón si Morgan ha muerto sin darle información?

—Bueno, me dijo algo que consideré interesante.

—¿Y qué es?

—Que unos muñecos fabricados en el Japón eran los utilizados para entrar los zafiros clandestinamente en Estados Unidos y también que Morgan los introducía él mismo en los caramelos, con una pequeña máquina piloto.

—Es usted un lince, Lown, está averiguando mucho más de los que suponíamos *sir* Holloway y yo.

—Creo que es mi deber no defraudarles y tengo prisa por cobrar. Antes de que me olvide, el individuo que liquidé por el asesinato de Morgan parecía un euroasiático. Diría que se trataba de un tipo nacido en Asia cerca de Europa, o un europeo nacido cerca de Asia, ¿comprende?

—¿Un ruso, tal vez?

—O un chino de la zona más occidental. Hay mucha diferencia entre los amarillos oceánicos y los continentales, casi lindantes con Rusia.

—¿Insinúa que una organización del bloque comunista puede estar metida en este caso?

—Quizá han tratado de invadir también de zafiros los países del Este y ellos desean acabar con la organización que los vende.

—Procure que no le pisen el terreno esos sujetos. Lown. Queremos estar seguros de la destrucción o incautación de los zafiros. No deje que sean ellos los que se apoderen de las piedras preciosas y si han matado a Morgan es que juegan sucio. Si se enfrenta a ellos, aniquílelos sin contemplaciones. Nosotros, en lo que podamos, le protegeremos. La policía nipona pronto sabrá de nosotros y le ofrecerá protección.

—Por el momento no la informen, quiero trabajar a mi manera. Ah, quiero decirle que me agujerearon el «Plymouth Volare» en San Francisco.

—No se preocupe, tendrá coche nuevo.

—Eso es hablar claro. Le llamaré cuando tenga más noticias.

—De acuerdo, hasta la próxima.

Lown se vistió rápidamente y salió del hotel tomando un taxi al que dio la dirección de la calle Nara donde se ubicaban las oficinas de Omura Company.

Pagó los trescientos yens que le costó la carrera y con rápidas zancadas se introdujo en el edificio.

—¿Qué desea, señor? —le preguntó una linda japonesita de menguada estatura y ojos almendrados muy dulces.

—Vengo de parte del señor Morgan de San Francisco y quiero ver a su director, es urgente.

—Un momento, señor —pidió, inclinando reverenciosamente la cabeza.

La muchacha se alejó para regresar poco después invitándole a que la siguiera.

El despacho en que Jack Lown fue introducido le impresionó. Había una gran y moderna mesa de escritorio en forma curvada de cristal y acero inoxidable, completamente iluminada por una potente lámpara.

Su mirada se paseó por la estancia amplia y bellamente decorada. En principio no descubrió lo que buscaba, pero no tardó en cruzar sus pupilas aceradas con otras grandes y verdes, enigmáticas y ligeramente almendradas.

—¿El director de la compañía? —preguntó a la mujer que se recostaba casi felina en el sofá curvo tapizado en violeta, aprovechando el ángulo de

dos paredes. Frente a ella había una mesita auxiliar, también de cristal y sosteniendo un bonsay. El arbolito era un manzano que a lo sumo mediría veinte centímetros de altura.

—No hay director, sino directora y se llama Yurisan Kobold.

Jack hundió ambas manos en los bolsillos. Sonrió cínicamente mientras medía con los ojos a aquella mujer de cabellos lacios, largos y negros y cuerpo sinuoso, de pechos algo pequeños, pero de perfecta redondez.

—¿Y Yurisan eres tú, por casualidad?

—Me admira la forma en que se expresan ustedes los norteamericanos.

El hombre se adelantó hasta rozar con sus pantalones la mesita del bonsay. Yurisan seguía tranquila, desafiante, fumando en una larga boquilla de bambú. Su mirada era una mezcla de curiosidad y reto.

Jack pensó que la chica le presentaba batalla y eso era lo que más le agradaba en una mujer, si es que al final lograba vencerla, claro.

—Verás, nosotros vivimos aprisa, queremos ganar tiempo y no lo perdemos en ceremonias caducas. Por ejemplo, te tuteo porque si no ahora, mañana mismo sé que acabaré haciéndolo y de este modo no pierdo tiempo.

—¿Y tan importante es para usted el hecho de tutearme?

—Mira, guapa, no he venido a polemizar sobre la diferencia de costumbres entre oriente y occidente. Si no he oído mal, te llamas Kobold, lo que me hace suponer, además de tus rasgos fisonómicos, que eres mitad y mitad.

—Mi padre era norteamericano y mi madre japonesa, pero como siempre he vivido en Tokio, no acabo de asimilar los modales yanquis.

Jack rodeó la mesita auxiliar y se acomodó en el mullido sofá junto a la mujer enfundada en un ajustado jersey y pantalones, ambas prendas de color negro. Ella no se movió, se mostraba muy segura de sí misma.

—Por poco me llamas grosero, cuando mi comportamiento es algo natural en mi país... Acabo de hacer un viaje de unos miles de millas para verte.

—A Yurisan Kobold, no, si acaso al director de la Omura Company que he resultado ser yo —corrigió ella, sonriendo por primera vez.

—Lo admito, pero ahora que sé que eres tú me siento mejor. Para mí siempre es más grato tratar con una mujer. Me llamo Jack Lown, pero te agradecería que me llamaras simplemente Jack, suena mejor.

—Jack Lown, un detective *play-boy* —dijo ella tras expulsar una bocanada de humo.

—Caramba —exclamó él sinceramente—. ¿Has oído hablar de mí?

—Leo las revistas gráficas y en el Japón se publican las mismas noticias que en Nueva York, Londres o París.

—Por lo visto, últimamente me he dejado ver bastante.

—Sí, he leído que tiene muchos líos, sobre todo con mujeres de la alta

sociedad mundial.

—Sí, es una desgracia como otra —asintió, fanfarrón—. Ahora, voy a ir al grano.

—Eso estoy esperando desde hace rato —dijo ella con una suficiencia que molestó al hombre.

—Ayer mismo estuve viendo al señor Morgan, es decir, hoy, dado el día de diferencia al cruzar el meridiano.

—¿Qué pretende el señor Morgan enviando a Tokio un detective, investigar los muñecos que le servimos?

—Algo así. Esos muñecos son muy interesantes, en especial los vestidos de negro.

—¿Los de negro? —preguntó, arqueando las cejas, un tanto extrañada—. ¿Tienen algún defecto? Recuerdo que el señor Morgan, por carta, me especificaba que solo le enviara una reducida cantidad de los negros y siempre en número perfectamente controlado.

—Lo sé.

—Entonces, ¿qué es lo que desea ahora?

—Lo que desea es que le lleven flores.

—¿Flores? Lo siento, ni las fabricamos ni tampoco tenemos un jardín para cultivarlas.

—Sin embargo, a Morgan le hacen falta. Lo liquidaron ayer de un plumazo entre las costillas.

—Por su expresivo lenguaje, ¿debo deducir que el señor Morgan ha sido asesinado?

—Eso es. Primero, secuestrado, luego obligado a decir la verdad con pentotal y por último, como ya no les servía demasiado, lo asesinaron.

Con la fría imperturbabilidad heredada de la raza materna, Yurisan inquirió:

—¿Y usted ha sido su asesino o el que busca a su asesino?

—¿Qué respuesta te sorprendería más de las dos, preciosa?

—Ninguna. Según los titulares de las revistas sensacionalistas, Jack Lown es capaz de todo.

El norteamericano rio abiertamente, apoyando su cabeza en lo alto del respaldo.

—No será tanto; dejémoslo en que busco al asesino de Morgan.

—¿Le ha encargado la familia del caso?

—No y sería muy largo de contar. A mí lo que me interesa es esto.

Yurisan vio cómo el hombre hundía su mano en el bolsillo y luego lo que le mostró en su palma.

—Un corindón azul perfectamente rectangular y muy hermoso. ¿Lo ha comprado en el Japón?

—¿Tratas de burlarte de mí? —inquirió, ceñudo.

—¿Burlarme, por qué motivo?

—Este zafiro o corindón, como tú le llamas, debe ser muy conocido por ti.

—Francamente, me agradan las piedras preciosas, pero no hago colección de ellas.

—Te juro que no sé si eres evasiva o estás diciendo la verdad.

—¿Por qué habría de mentir?

—No sé si eres una ingenua o la mujer más lista que he conocido —hizo saltar la gema en la palma de su mano y agregó—: Por esto mataron a Morgan.

—¿Por un zafiro?

—Si solo se tratara de esta piedra, la muerte de Morgan y también la de un amigo mío en Londres resultaría estúpida, pero se trata de centenares, quizá de miles.

—Eso cambia la cuestión, pero ¿qué tengo yo que ver en todo esto?

—¿Sigues queriendo despistarme? —inquirió mirándola de frente, sin que ella apartara sus felinas pupilas.

Yurisan no era una mujer que se dejara avasallar y sintiendo colmada su paciencia por aquel velado interrogatorio, se puso en pie. Sus facciones reflejaron cierta dureza.

—Creo entender que está acusándome de algo y no estoy dispuesta a dejarme vejar por el impulsivo Jack Lown. La dirección de una compañía como esta me crea muchas obligaciones a las cuales debo atender, lo mismo que le he atendido a usted, por lo tanto le ruego...

—Okay, que me largue.

—Si desea expresarlo en su acostumbrado argot —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Bien, me marchó, pero seguramente volveré cuando sepa más sobre este asunto —se detuvo en su camino hacia la puerta y se volvió para decir —: Se me olvidaba... Los zafiros entran en Estados Unidos para luego ser repartidos por todo el mundo a través de tus muñecos.

—¿De mis muñecos? —repitió, sorprendida.

—Sí, concretamente gracias a los vestidos de negro. Ah, no tengas cuidado, por ahora no voy a hacer que mi gobierno intervenga con el tuyo para que te cierren la compañía.

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Aunque no lo creas, protegerte. Los asesinos de mi amigo Wilson y de Morgan no son tus compañeros de tráfico de zafiros, sino otro grupo internacional que probablemente a estas horas ya estará buscándote, cercándote para sacarte lo que sepas y liquidarte después. Como la cortesía no solo se demuestra con reverencias y aceptando que soy tan magnánimo que no puedo ver sufrir a una chica, te ayudaré.

Yurisan seguía en pie, demostrando que su estatura era superior a la normal en las mujeres japonesas. Desafiante, preguntó:

—¿Y qué es lo que piensa hacer por mí?

—Decirte que me hospedo en el Occidental King Hotel. Si te ves en peligro, llámame. Será un placer acudir en tu ayuda.

## CAPÍTULO VI

Tomó un taxi y el chófer le condujo por el centro de la ciudad, circulando a todo lo largo de Ginza, el Broadway de Tokio, donde lo mismo se podía encontrar una chica de alterne hablando un cadencioso inglés que una representación del clásico Kabuki, arte y folklore nacional, pero Jack Lown no había ido a Tokio para hacer turismo.

Cuando llegó al hotel, lo primero que hizo fue dirigirse a su cuarto. Deseaba cambiarse de ropa; el traje que llevaba resultaba demasiado caluroso para la canícula de Tokio y le había hecho sudar y sentirse incómodo.

Penetró en su habitación, casi totalmente a oscuras por hallarse las persianas bajadas. Supuso que el servicio las habría bajado para mitigar el calor. Dio al interruptor de la puerta y...

—Adelante, Lown, adelante —invitó una voz en un inglés metálico, posiblemente aprendido en una academia de idiomas extranjera.

De inmediato, el cañón de una pistola se apoyó en sus riñones. El hombre que le invitaba a entrar en su propia habitación no estaba solo.

—Parece que tengo visita —dijo sonriendo, sin demostrar temor.

—Celebro que conserve su buen humor —el que parecía el jefe de los otros tres individuos, repartidos por la estancia en cuyo suelo yacían desperdigados los efectos personales de Lown, se dirigió al que acababa de encañonar al norteamericano—: Regístralo y cierra bien la puerta.

—¿Teme que entren ladrones o policías? —preguntó Jack.

—Muy agudo, yanqui —rezongó el hombre de rostro difícil de encajar en una raza determinada. Vestía elegantemente a la europea y cubría su cabeza con un sombrero de fieltro *beige*, quizá adquirido en una tienda de la Quinta Avenida neoyorquina.

El secuaz de aquel individuo obedeció rápidamente cerrando la puerta y cacheando a Lown.

—No lleva armas —dijo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lown.

—Pues, que mis colaboradores podrían matarlo solamente con que diera una pequeña orden.

—Reconforta oír eso. ¿Y qué más ha de decirme?

—Amigo Lown, no se tome a broma mis observaciones. Le advierto que yo, sonriendo, puedo decir cosas muy graves.

—Dígame una, por ejemplo.

—Márchese, déjenos vía libre y no se meta más en este asunto.

—¿De lo contrario...?

—Le daré pasaporte para el otro mundo, deseándole que sea mejor que este.

—Muy amable. ¿Y por qué no me liquida ahora lo mismo que ha hecho con Wilson en Londres o Morgan en San Francisco?

—No me urge liquidarle, a menos que usted me obligue, claro.

—¿Y cómo puedo colmar su paciencia?

Él sujeto de las gafas sonrió, muy seguro de sí.

—Siguiendo la pista de los zafiros azules, amigo Lown.

Con toda naturalidad, Jack Lown hundió la mano en su bolsillo, lo que provocó un movimiento instintivo de alerta entre sus visitantes. Jack les calmó.

—Solo quiero fumar un pitillo.

—No saque su encendedor, Lown; no voy a molestarme en averiguar si esconde en él una diminuta pistola o una microcámara fotográfica.

—Está bien, me conformo con que uno de sus hombres me dé fuego con una inofensiva cerilla.

—Eso está mejor —señaló a uno de ellos, quien rápidamente raspó un fósforo y encendió el cigarrillo del americano que permanecía entre aquellos hombres, dispuestos a matarle, como en una reunión de antiguos compañeros de colegio.

—Creo que los dos vamos tras la misma cosa: El lugar de donde proceden los zafiros. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, Lown, pero si trata de pedirme que colaboremos juntos, pierde el tiempo.

—¿Por qué? Después de todo, tenemos enemigos comunes.

—Sí, ellos son nuestros enemigos, pero para nosotros también lo es usted y no menos peligroso. Recuerde que estuvo a punto de hacer fracasar nuestros planes al liquidar a uno de nuestros hombres y agujerearnos el helicóptero.

—Convenga que mi coche también quedó hecho una pena.

—Lown, usted es como un abejorro molesto zumbando y revoloteando a nuestro alrededor.

—Gracias por la comparación y dígame, ¿hay muchos de esos abejorros en Rusia?

—¿En Rusia, por qué allí?

—¿No es de allá de donde proceden?

—Amigo Lown, no trate de averiguar nada. Podría ser lo mismo ruso que chino, japonés, armenio o trabajar para mí mismo.

—¿No será que en el bloque de los países del Este también se han cansado de ver aparecer tantos zafiros azules?

—Ya hemos hablado bastante —cortó el desconocido del sombrero *beige*—. No se interponga en nuestro camino, no nos cree dificultades.

—Si quiere que abandone el caso, tendrá que eliminarme.

—Me pone usted las cosas difíciles, Lown. Matarle sería lo más fácil del mundo, cualquiera de mis hombres le haría siete ojales en el cuerpo antes de que pudiera parpadear, pero ya le he dicho que prefiero no hacerlo, me cae simpático.

—Usted a mí no, señor como se llame.

—Llámemme Cero, cualquier otro nombre podría dar demasiado trabajo a un cerebro tan curioso como el suyo. Ahora, respóndame a una simple pregunta.

—¿Cuál?

—¿Cuánto le han prometido por acabar con este caso de los zafiros azules?

—¿Cree que trabajo para alguien?

—Lo sé todo, Lown, todo. Usted trabaja para *sir* Holloway, del sindicato de joyeros británicos, y para Walter Hatty, miembro del gremio de joyeros de Ámsterdam.

—Caramba, confieso que lo había subestimado. Es canijo, pero parece muy observador y capacitado —dijo Jack aludiendo a la baja estatura de aquel sujeto que apenas le llegaba al hombro. Sus acompañantes tenían, en cambio, un aspecto físico imponente.

—Me alegro de que lo reconozca —replicó sin molestarse—. Digamos que sus amigos quizá le ofrezcan mil dólares por la investigación...

—Ahora es usted quien me subestima.

—Bueno, quizá le den diez o veinte mil, no importa, yo seré más generoso. Déjenos tranquilos y en el aeropuerto de Haneda, junto con un billete de avión para regresar a Estados Unidos, hallará un paquete con cincuenta mil dólares. Ya ve, le pagamos en la moneda de su país. Podrá hasta contarlos para que vea que no se trata de un truco por nuestra parte, pero márchese.

Saludando levemente con la cabeza. Cero abandonó la habitación seguido y protegido por sus secuaces.

Lown creyó que sería una estupidez intentar seguirlos. Habrían tomado toda clase de precauciones y después de todo, no eran ellos los que verdaderamente le interesaban si no los traficantes de zafiros, aunque el hombre que se hacía llamar Cero fuera el asesino de su amigo Wilson y Morgan. Si seguía en el caso, ya tendría otra ocasión para volverlos a encontrar y hacerles pagar sus crímenes.

## CAPÍTULO VII

La casa de Yurisan Kobold encerraba todo el tipismo japonés. Era enteramente de madera y papel resistente. Todo era sencillo, pero caro, casi lujoso dentro de la decoración nipona.

La pequeña japonesa penetra en la estancia donde se hallaba Yurisan. Había entrado sin hacer ruido, ya que con anterioridad se había quitado las *gettas* de los pies. Yurisan se volvió hacia ella sin sorprenderse por su presencia.

—¿Desea algo más la señora? —preguntó en japonés la chica del kimono.

Yurisan respondió en el mismo idioma.

—Por ahora no, gracias, puedes marcharte.

La muchachita se deshizo en reverencias y se alejó, sin darle la espalda y sin hacer el menor ruido.

Yurisan salió al pequeño jardín con rocas y plantas artísticamente distribuidas y un pequeño estanque irregular rodeado de césped. Dentro del agua crecían flores de loto que varias carpas doradas mordisqueaban con pícaro timidez.

Yurisan se sentía a gusto en su pequeño jardín; sin embargo, aquel día estaba nerviosa, desasosegada. La llegada del americano había turbado su paz habitual.

Rememoró su entrevista con Lown y pensó que se había mostrado un tanto dura. Aquello la hizo sonreír un tanto mientras fumaba lentamente, buscando tranquilizarse.

—Hola, guapa, parece que estás muy pensativa —dijo una voz varonil que en nada le recordó a la del detective.

Se volvió con brusquedad y un par de pasos tras ella, aplastando con sus enormes zapatos el delicado césped, descubrió a un tipo alto, magro, de mirada insultante.

—¿Qué hace en mi jardín, por dónde ha entrado? —inquirió molesta.

El hombre se ladeó ligeramente y señaló la valla de madera recubierta a trechos de espesas y decorativas enredaderas.

—Resulta que la cerca es algo pequeña y mis piernas largas. Bueno el chiste, ¿eh? —y se echó a reír como un estúpido.

—Pues utilice el mismo sistema para marcharse.

—Vaya con la niña, el jefe se va a reír contigo. Andando —la cogió del brazo, tirando de ella.

Yurisan estimó que aquel sujeto se estaba poniendo pesado y aplicó la punta del cigarrillo sobre el dorso de la mano velluda.

El tipo en cuestión, que hablaba un inglés americanizado y la joven supuso que se trataría de un hampón yanqui de los que abundaban en todas las partes del mundo, profirió un alarido al sentir la imprevista quemazón que le dejó una profunda rojez en la piel.

—Le he dicho que se largara.

—¡Maldita!

Su mano abofeteó con tal fuerza el rostro femenino que este fue sacudido y la cabellera larga y lacia cubrió apenas un segundo gran parte del hermoso rostro.

Yurisan achicó sus grandes ojos, como un felino antes de atacar.

Sin poderse explicar cómo había sucedido, el hombre fue volteado en el aire y antes de caer al suelo, sintió un agudo dolor en el cuello.

Para su desgracia, la chica practicaba judo en el *Kodokan*, el mayor gimnasio o *dojo* del mundo, la meca del Arte Marcial de la defensa y el ataque.

—¡Te voy a partir todos tus preciosos huesos por esto! —rugió incorporándose, dolorido y humillado.

Hubo pelea entre ambos. Para desgracia del hombre.

Yurisan había asimilado bien sus lecciones y gracias a que vestía pantalones y camisola, casi como si se tratara de un *judogi*, pudo maniobrar con libertad.

Caía al canto de la mano femenina sobre la parte superior de la nariz del hombre en un contundente *atemi* cuando sobre la nuca de Yurisan se apoyó algo duro y metálico.

—Basta de exhibiciones, guapa. Un movimiento más y te coloco un plomo en tu hermosa cabecita.

La muchacha se contuvo, jadeante. Tras ella había un hombre con la pistola; a su lado había otro también armado y tras la pequeña valla, otro individuo de apariencia más elegante y refinada. Cubría su cabeza con un sombrero de fieltro *beige* y la observaba sonriente, complacido, como el cazador que tiene capturada a una hermosa pantera negra dentro de la red.

—¿Qué pretende con este allanamiento de morada?

—Solo hablar un rato con usted, señorita Kobold —dijo Cero desde el otro lado de la cerca.

En aquel instante se puso en pie el sujeto derribado por Yurisan, Furioso, trató de abalanzarse sobre ella levantando los puños.

—¡Te voy a...!

La voz de Cero le contuvo.

—Déjala en paz, bastante has hecho ya el ridículo.

—¡Me las tiene que pagar! —masculló con verdadero odio.

—Señorita Kobold, tendrá que acompañarnos, salvo que desee quedarse para servir de fertilizante a sus hermosas flores.

El tipo de la pistola empujó con su manaza la espalda femenina.

—¡Andando!

A Yurisan no le quedó más remedio que obedecer. La frialdad del jefe de aquellos indeseables le hizo presumir que no eran tipos acostumbrados a perder y que carecían de piedad.

Saltó con agilidad la pequeña valla de madera y siempre controlada por los secuaces de Cero, fue conducida hasta un «Mercury» aparcado en la calle contigua.

Un quinto hombre aguardaba al volante. El tipo que la había golpeado se sentó junto al chófer y al lado de este se acomodó otro de los secuaces. Yurisan fue obligada a sentarse en el centro del asiento posterior y junto a las dos ventanillas se situaron Cero y el otro matón.

—¡Andando, Kameni! —ordenó Cero.

—¿Qué pretenden con este rapto? —preguntó Yurisan mientras el auto comenzaba a rodar por las calles bastante anchas de aquel barrio nuevo, cortadas en ángulos rectos al sistema americano.

—No se haga la ingenua, señorita Kobold, no va a servirle de nada —advirtió Cero con su habitual suficiencia.

—No entiendo qué pretenden. ¿Cuál es el motivo de todo esto? Si tratan de pedir un rescate les advierto que...

—Sobran sus advertencias. Sabemos que esta mañana ha recibido la visita de un norteamericano.

—¿Se refiere a Jack Lown?

—El mismo y da la casualidad de que él busca lo mismo que nosotros.

—¡Pero no emplea unos métodos tan desagradables?

—Sí, admito que es más simpático, pero no creo que vuelva a verlo.

—No habrán atentado contra su vida...

—Oh, no, aunque si me hubiera molestado más habría tenido que hacerlo. Me desagradan los modos violentos —explicó, siempre parapetando sus ojillos tras los cristales oscuros—, pero reconozco que a veces son los únicos que permiten conseguir lo que uno se propone.

—Entonces, ¿cómo ha convencido a Lown para que no siga adelante?

—Fácil, le he dado más dinero que otros.

—No creo que Lown sea un hombre que se venda.

—Señorita Kobold, me sorprende que hable de una forma tan vehemente de un hombre al que solo ha visto durante breves minutos.

—Resulta que me basta un simple golpe de vista para conocer a las personas.

—Entonces, se habrá dado cuenta de que soy de los hombres que consiguen cuanto se proponen —advirtió cuando cruzaban por la calle de Ginza, en el momento en que las farolas de la ciudad se encendían, dispuestas a combatir las tinieblas nocturnas y dando a Tokio un aire casi festivo.

Aquella era una ciudad llena de luz, tanto de día como de noche,

repleta de una muchedumbre apresurada que entraba y salía en tropel por las grandes bocas del Metro, ansiosos de llegar a sus hogares y colocarse ante las pantallas de sus televisores, donde probablemente verían algún *strip-tease*.

Las pequeñas casitas de madera y papel semejaban viviendas de míticos gnomos comparadas con los grandes edificios antisísmicos de hormigón armado. El barrio de Marunouchi, el nido de la actividad comercial de Tokio, era una buena muestra de este tipo de construcciones.

Yurisan, que no era de las personas que se mordían la lengua cuando tenía algo que decir, silabeó:

—Lo que usted me parece es un tipo canallesco, a juzgar por su forma de actuar.

—Bokone —interpeló Cero al otro hombre que ocupaba el asiento posterior.

Su secuaz comprendió perfectamente y su puño fue de derecha a izquierda y hacia abajo, golpeando el hígado femenino.

Yurisan se dobló hacia delante pero no gritó, ni siquiera se quejó, aunque mantuvo su posición inclinada para mitigar el dolor durante algunos segundos. Cuando alzó de nuevo la cabeza, su rostro, siempre sonrosado, había adquirido un ligero tinte amarillo.

—Como verá, señorita Kobold, le conviene controlar su lengua a menos que tenga que responder a lo que yo pregunte —silabeó Cero con la mirada fija hacia delante.

El «Mercury» siguió rodando mientras el cielo se tornaba rojo y después negro.

Al final, no sin grandes dificultades por la estrechez de sus callejuelas, el auto se introdujo en Yoshiwara, lugar con más censo de prostitución del mundo. En cada puerta colgaba un farolillo rojo y las mujeres se aprestaban a su trabajo como si se dispusieran a hacer calceta.

—Ya estamos llegando, señorita Kobold.

—¿Qué venimos a hacer a este barrio de rameruelas? —preguntó la joven, furiosa.

—Para una elegante y respetable señorita como usted será humillante pasar por este barrio, ¿eh? Sin embargo, algunos turistas prefieren tomar contacto con estas mujeres que todavía utilizan kimono y *gettas* como sus antepasados. Las chicas de Ginza tienen menos encanto que estas que aguardan a la puerta de sus casas debajo de cada farolillo rojo y que ni siquiera se atreven a cruzar su mirada con la del cliente al que tienen que atender.

El auto se detuvo al fin en una calleja solitaria de la que podía decirse que su única luz consistía en los farolillos rojos que había a lo largo de ella.

Mientras sus secuaces y Yurisan permanecían dentro del «Mercury»,

Cero se apeó en silencio. Se acercó a una de las casas que lucían el farolillo rojo y dio unos ligeros golpes sobre la puerta de madera.

Casi en el acto, como si estuvieran esperando tras ella, salió una vieja oriental con el rostro cubierto de arrugas. Sobre su cogote se enmoñaba el cabello blanco y sus manos sarmentosas se pegaron al suelo para saludar, ya que como era costumbre, recibía de rodillas a los visitantes.

El hombre no se preocupó de intentar comprender las frases que la vieja alcahueta soltó en japonés. Extrajo de su bolsillo unos billetes y se los tendió.

—Toma, tus dos mil yens y lárgate.

Como si de pronto le hubieran crecido las piernas, la vieja se puso en pie y echó a correr desapareciendo calle abajo.

Cero dio media vuelta y regresó al auto. Manteniendo la puerta abierta, hizo una invitación a Yurisan aunque esta sabía de sobras que se trataba de una orden tajante. Aquel sujeto gustaba de emplear una exagerada cortesía en todas sus acciones.

—¿Por qué me ha traído a Yoshiwara?

La joven no obtuvo respuesta. El bruto de Bokone la empujó sin contemplaciones, obligándola a bajar del coche pese a la resistencia que ella opuso.

El interior de la casa contrastaba grandemente con su fachada exterior, ajada y despintada, aunque en la parte posterior tenía un diminuto jardín.

Las paredes de las estancias, al igual que el suelo de madera, se hallaban limpias y cuidadas. En ellas colgaban tapices y profusión de motivos eróticos, los llamados *shunga*, litografías de varios originales de Hokusai. Una luz azulada, tamizada por una tela, iluminaba las dos estancias de que se componía la pequeña vivienda.

Pasaron junto a una clásica bañera doble de madera, «bañera de los enamorados» como se la llamaba allí, y llegaron al dormitorio con profusión de almohadones, escasa luz y una mesita baja con una botella de bronce para fumar con dos boquillas. En el suelo, el *futon* o colchón sobre la esterilla, de paja de arroz prensada.

Todos sabían para qué se utilizaba aquella estancia perfumada con sándalo. Los hombres no pudieron contener una sonrisa, pero Yurisan no sintió ningún deseo de reír.

Miró al hombre de las gafas y preguntó:

—¿Y ahora qué?

—Estírese sobre el colchón, señorita Kobold.

—¿Qué me tienda en el colchón, está loco? ¿Cree que soy como las desgraciadas que habitan este barrio? —inquirió agresiva.

—No hace más que ponerme las cosas difíciles... Vamos, tiéndase en el colchón.

—¡No! —denegó, resuelta.

—En ese caso, ordenaré a mis hombres que la tiendan ellos. ¿Le parece eso mejor?

Yurisan exhaló un largo y desesperado suspiro, no tenía escapatoria. Si por lo menos hubiera confiado en Lown... Recordó que el norteamericano la había advertido de que corría peligro y en caso de necesitarle le llamara a su hotel; pero en aquellos momentos era prácticamente imposible ni siquiera telefonarle.

—Está bien, lo haré yo misma.

Yurisan no las tenía todas consigo; se sentía incomoda, impotente y humillada al tener que estirarse en el colchón.

—Así está mejor. Ahora solo piense una cosa: no queremos hacerle daño, solo ayudarla, ser sus amigos.

—No me diga...

Cero extrajo de su bolsillo un estuche que depositó sobre la mesita. Sacó luego una aguja hipodérmica que encajó en su correspondiente jeringuilla y tras romper la caperuza de una ampolla de cristal, pasó el líquido de esta al interior de la jeringa.

—¿Qué va a hacer? —inquirió Yurisan espantada al ver la aguja por la que en aquel instante escapaba una gotita del contenido de la jeringa.

—Súbase la manga, por favor —pidió Cero sonriente, sin dejar ver sus ojos siempre ocultos tras las gafas oscuras.

—¡No, eso no! —gritó ella, incorporándose de un salto.

Una orden, dada con un simple movimiento de cabeza por parte de Cero, bastó para que sus hombres se pusieran en acción.

Pese a su resistencia, Yurisan fue reducida con relativa facilidad. Tres pares de brazos la aplastaron materialmente contra el colchón.

Cero se acercó a ella, arrodillándose junto al *futon*. Levantó la manga de la camisola, dejando al descubierto la nívea piel femenina.

—Hermoso brazo... No tema, solo será un pinchazo.

—¡¡Asesino, canalla!! —rugió Yurisan. Después, sufrió una leve contracción y la aguja se clavó en su vena.

Primero, la sangre pasó a la jeringuilla; luego, sangre y droga se introdujeron en el cuerpo de la hermosa mujer, que era sujeta por brazos y piernas, para asegurar su total inmovilidad.

—Ahora sentirá una agradable sensación de relajamiento, entréguese a él sin resistencia. Estará cómoda. Se lo aseguro.

## CAPÍTULO VIII

A Jack Lown le fue difícil seguir por Tokio el «Mercury» de Cero. Al final había podido sumergirse en Yoshiwara sin ser descubierto y lo que era mejor, sin perderlos de vista.

Desde el ángulo de una de aquellas laberínticas callejas, Lown observó cómo Yurisan Kobold era introducida en una de las casitas del farol rojo, cerrándose la puerta después.

Cruzó la calzada siempre atento para que el chófer del «Mercury» no le descubriera.

Había sido una suerte que tras la visita de Cero a su hotel decidiera vigilar a Yurisan; ella sería el primer objetivo de aquellos tipos que, como él, buscaban a los traficantes de zafiros. Lo que Lown ignoraba es qué oscuros motivos podían esconderse tras las gafas oscuras o bajo el sombrero *beige* de Cero. Más tarde o más temprano confiaba averiguarlo, si es que no acababan por llevarle crisantemos a uno de los cementerios japoneses. Después de todo, no debería ser tan desagradable que le enterraran a uno en un cementerio lleno de flotes, laguitos y también ranas que con sus croac-croac amenizarían las largas noches de inmovilidad.

Sabía que aquellas casitas, como la mayoría de las japonesas, poseían un pequeño jardín, más o menos cuidado, y decidió llegar hasta la casa en que introdujeran a Yurisan a través del jardincillo posterior.

Por una calle lateral saltó a un jardín, todos ellos circundados por vallas de madera no muy altas y francamente accesibles para la agilidad de Jack Lown.

Sin ser descubierto cruzó varios jardines hasta llegar al que deseaba; allí no se escuchaban cuchicheos femeninos y tampoco risas. Lentamente, se acercó al tabique de madera, descubriendo una luz muy tamizada que escapaba a través de la puerta de cristal biselado.

—Señorita Kobold, ¿cómo se encuentra? —preguntó la voz metálica de Cero que Lown reconoció de inmediato.

—Bien —respondió ella pesadamente.

—¿Se siente a gusto?

—Sí.

—La droga que le he inyectado le dará paz y tranquilidad.

Lown comprendió lo que ocurría y se maldijo por no haber podido actuar con más rapidez.

A Yurisan, lo mismo que a Morgan, le habían inyectado pentotal; la inyección no era nociva siempre que la dosis fuera la adecuada y ahora la interrogarían sin que ella pudiera ofrecer una defensa racional. Su

voluntad estaba a merced de aquel indeseable que prefería no perder el tiempo con interrogatorios normales o empleando la tortura. Cero había encontrado algo más efectivo: la utilización sistemática en todos sus interrogatorios del barbitúrico sulfurado.

—Dígame, señorita Kobold, ¿qué sabe usted de los zafiros azules?

—Son muy bonitos.

Lown se dijo que mientras durara el interrogatorio, la chica no corría peligro y que valía más aguardar a intervenir y reservar sus fuerzas para el momento oportuno.

—Que son bonitos ya lo sé, señorita Kobold, pero lo que yo le pregunto es qué sabe usted de ellos.

—Jack Lown tiene un zafiro azul, me lo ha enseñado.

—¿Quién más tiene zafiros azules?

—No lo sé.

Cero parpadeó tras sus gafas mientras sus hombres le observaban interrogantes.

—Señorita Kobold, no olvide que soy su amigo. Descanse, tranquilícese y hable sin miedo, yo la ayudaré. ¿Toma usted parte en el tráfico de zafiros?

—No.

Cero se retorció las manos, un tanto nervioso.

—Señorita Kobold, yo sé que usted es una persona de honor, ¿podría jurarme que no envía zafiros azules a Estados Unidos, que Morgan no es su cómplice?

—No, yo no envío zafiros, solo juguetes, muñecos. Morgan ha muerto.

—¿Cómo sabe que Morgan ha muerto?

—Jack me lo ha dicho.

—Vaya, ese Jack es muy amigo suyo. ¿Qué más le ha dicho él?

—Dice que mando zafiros dentro de los muñecos y no me cree cuando le digo que no es cierto —explicó Yurisan siempre con los ojos cerrados, relajada sobre el colchón, sin necesidad de que nadie la sujetara.

—Me parece, jefe, que es inútil que siga interrogando, la chica no ha participado en el asunto —farfulló Law, el norteamericano golpeado por Yurisan, que ahora no apartaba sus encendidos ojos del bello cuerpo yacente.

—Sí, si hubiera tenido algo que ver, el pentotal se lo habría sacado. Alguien más habrá intervenido en el asunto, esos muñecos serán rellenos de zafiros en otra parte y eso es lo que debemos averiguar.

—¿Y qué hacemos con la chica, jefe? —inquirió Law, notando su paladar reseco.

Cero rio quedo.

—Veo que te fascina, ¿eh?

—Si hay que eliminarla, quiero ser yo quien se encargue de ella.

—¿Todavía te duelen los golpes que te ha propinado? —preguntó hiriente el hombre de las gafas oscuras.

—Sí, y no quisiera que ella se quedara sin unas cuantas caricias mías.

—Parece que la paliza ha hecho que te guste más.

—Lo admito.

—Bien, Law. Después de todo hay que silenciarla, no me agrada dejar tras de mí bocas que puedan hablar. Encárgate de ella. Nosotros te esperamos en el coche, no te entretengas demasiado.

—Ahora le costará poco —rezongó Bokone—. La chica está bajo los efectos de la droga y no se puede defender. Es presa fácil, Law, que te diviertas.

Con el oído pegado al tabique, Jack Lown escuchó los pasos alejándose y decidió que era el momento justo de entrar en acción.

Se acercó lentamente a la puerta cerrada. Sacó un fino y afilado estilete y lo introdujo en la ranura, logrando levantar la aldabilla. Con suma cautela, corrió la puerta que cedió con facilidad.

—Voy a enviarte al otro mundo, preciosa, pero antes vas a ser mía...

Se inclinó sobre la joven que extenuada, sin fuerzas se agitó inquieta e impotente sobre el *futon* donde yacía.

—Te lo has ganado, amigo.

Antes de que Law se percatara de la presencia de Jack Lown, este le fulminó con un gancho en el mentón que lo alzó en el aire. Al caer tuvo suerte y lo hizo sobre los almohadones desperdigados por la estancia.

La difusa luz azulada dio color a la pelea, una pelea que debía terminar rápidamente y con la muerte de uno de los contendientes.

—¡Maldito seas, Lown, te voy a a...!

El hampón yanqui trató de sacar su arma, una «Luger». Lown quedó quieto frente a él, inmóvil; se estaba permitiendo el peligrosísimo lujo de esperar a que el otro se armara. Después, sacó su «P-38» de la sobaquera, había tomado sus precauciones al seguir el coche de Cero.

Sonó un seco taponazo y una diminuta lengua de fuego brotó del cañón de la «Parabellum». Aquel fogonazo fue lo último que vio aquel indeseable a las órdenes de Cero.

Jack Lown le vio caer de bruces mientras la «Luger» rebotaba sobre el piso de madera, sin haber entrado en acción.

—¡Yurisan, Yurisan, despierta!

—Eh, ¿qué sucede? —preguntó la joven morena, tambaleándose.

—Uy, qué mal estás, no me queda más remedio que cargar contigo para sacarte de aquí antes de que esos gorilas que esperan afuera se den cuenta de lo ocurrido.

No entrañó dificultad para Jack Lown cargar entre sus brazos el cuerpo de Yurisan y salió al pequeño jardín cerrando tras de sí.

Saltó varios jardines sin dificultad y al final, eligió como refugio una de

las casitas de farolillo rojo.

Cuando irrumpió en el interior de la vivienda de papel y madera, se armó un pequeño revuelo entre las cuatro chicas que estaban dentro.

—¿Alguna habla inglés? —interpeló Jack.

—Yo un poquito —dijo una muy joven, pues apenas tendría dieciocho años.

—Menos mal... Les pagaré lo que sea, pero denle un baño frío a esta mujer.

—¿Ha bebido? —preguntó la pequeña japonesa.

—Algo parecido. Masajéenle la nuca, la frente y la espalda. Hay que hacer que la sangre corra y al mismo tiempo que sufra una pequeña impresión.

—Señor, deje a su chica cerca de la bañera, por favor —pidió la japonesa, traduciendo inmediatamente a sus compañeras cuáles eran las pretensiones del americano.

Jack pasó a otra estancia, todas ellas decoradas con primor; y al ver la bañera de madera depositó a Yurisan en el suelo. Las menudas japonesitas se apresuraron a desvestirla.

Lown retrocedió hasta la puerta del jardín y cuando iba a salir a este, escuchó un pequeño grito que luego se amortiguó entre carcajadas. Yurisan acababa de sentir la frialdad del agua sobre su piel; pronto estaría despejada.

Con suma cautela, con la automática en la mano, salió al jardín inundado de sombras.

Oyó ruidos y se apresuró a ocultarse tras un seto. A través de sus hojas vio a Cero y a tres de sus hombres, todos ellos armados, que irrumpían en el jardín en forma de alud.

Inmersos en la oscuridad, miraron en derredor escrutando las sombras. Permanecieron así por espacio de varios minutos hasta que el hombre del sombrero *beige* alzó su mano significativamente y todos se marcharon.

«Por lo visto han pensado que no valía la pena perseguir a Yurisan para no meterse en más líos», se dijo Lown al escuchar el ruido del motor del «Mercury» que en difícil maniobra, debido a la estrechez de las callejuelas, se alejó de Yoshiwara y de sus farolillos rojos.

Penetró de nuevo en la endeble casita, construida como la mayoría de las de Tokio en prevención de movimientos sísmicos, tan frecuentes en la zona.

Fumó casi cuatro cigarrillos, uno tras otro, antes de que saliera la pequeña japonesa.

—La chica ya está lavada y perfumada, señor.

—Bueno, no era mi intención que la lavarais, no creo que le hiciera falta.

Yurisan, nuevamente vestida con sus pantalones y la camisola, apareció

en la estancia. Parecía anonadada y miraba a un lado y a otro como buscando algo ignorado.

—Yurisan —interpeló el hombre.

Las grandes pupilas verdes se clavaron en el detective de los cabellos rubios, algo largos sobre la nuca.

—¡Jack! —exclamó abrazándole, mientras rompía a llorar.

—Vaya, qué sorpresa, en nuestro primer encuentro hubiera jurado que eras incapaz de hacer pucheros.

—¡Qué miedo he pasado, qué hombre tan diabólico!

—Sí, ya lo conozco, aunque lo único que sé de él, aparte de que es un indeseable, es que se hace llamar Cero.

—Me ha dicho que te había comprado por cincuenta mil dólares.

—Eso es lo que pretende, pero se equivoca. Me han ofrecido la quinta parte por llevar este asunto adelante y aunque me dieran un millón de dólares continuaría investigando para quienes me han contratado de principio. Ahora, vámonos de aquí; estas lindas orientales están esperando algo.

—¿El qué? —preguntó ella mientras el hombre olfateaba las esencias de flores que las chicas habían vertido en el baño de Yurisan.

—Allí estarán tranquilos, nadie les molestará —indicó muy gentil la única de aquellas japonesitas que hablaba inglés.

Yurisan y Jack miraron en la dirección señalada y vieron una estancia en la que se centraba el colchón colocado sobre el *tatami*: la cama nacional nipona.

Jack observó cómo Yurisan enrojecía y daba un paso atrás, instintivamente. Él sonrió y sin disimular un suspiro de resignación, sacó de su bolsillo un par de miles de yens y los puso en la mano de la japonesa. Mientras empujaba suavemente a Yurisan hacia la salida, dijo:

—Gracias por todo. Espero que podamos hacer los honores de esa estancia en cualquier otro momento.

Las cuatro chicas rieron. Yurisan y el americano pronto dejaron de oír sus risas al quedar en la calle iluminada por los farolillos rojos.

La muchacha sonrió tenuemente. Pese a los peligros que estaba corriendo, apoyada en aquel hombre que había irrumpido de súbito y violentamente en su vida, se sentía segura y protegida.

—Ahora deberemos salir de este laberinto.

—Preguntaré en japonés, en este barrio hay muy poca gente que hable inglés.

Gracias a las informaciones sacadas a los transeúntes por Yurisan, lograron salir de Yoshiwara.

—Encanto, tú nada tienes que ver con los zafiros.

Ella cruzó su mirada con la del hombre y preguntó, irónica:

—¿Estás seguro?

—Sí, no he podido evitar escuchar el interrogatorio que te ha hecho Cero.

—¿Y qué has pensado?

—He sentido mucho alivio, no me hubiera gustado verte metida en un negocio sucio. Eres la primera chica que encuentro que es diferente a las demás, y puedo asegurarte que yo entiendo de estas cosas —observó mientras la detenía en la semioscuridad de la calle.

Buscó con sus labios aquella boca fresca, joven, una boca no acostumbrada a besar y eso fue lo que más le gustó de ella. Siguió besando, acariciando el cuerpo de la mujer que acabó correspondiendo apasionadamente.

Muy a su pesar, Lown cortó aquellas efusiones en el momento justo, antes de que fuera demasiado tarde. Respiró hondo, movió la cabeza como para despejarse y dijo:

—Debemos ponernos en situación y hablar de algo muy importante ahora.

—¿De Cero? —runroneó ella.

—Sí, sé que está buscando a quien introduce los zafiros en los muñecos que son enviados a Estados Unidos. Es un tipo muy astuto y no tardará en encontrar al sujeto en cuestión, pero nosotros debemos adelantarnos. ¿Comprendes?

—Sí. ¿Cómo piensas conseguirlo?

—Con tu ayuda. Nadie mejor que tú para saber quién puede camuflar esos zafiros.

Yurisan reflexionó durante unos instantes. Al fin, dijo:

—El único que puede haberlo hecho es Itsuku. Por sus manos pasan las mercancías de exportación para el precintado y embalaje. Además, es un individuo sin demasiados escrúpulos.

—Entonces, ¿por qué trabaja en tu empresa?

—Ya trabajaba en vida de mi padre, que era un gran aficionado al sumo, el deporte nacional japonés.

—¿Itsuku también es aficionado al sumo?

—Aficionado, no, luchador, un *sumotori*. Durante la temporada oficial de competición se entrena y lucha y en ese tiempo deja de trabajar, así lo estipuló con papá y él, que era un gran admirador de las costumbres japonesas, lo aceptó.

—Bien, pues vamos en su busca, no sea que Cero lo encuentre antes que nosotros.

—La fábrica está cerrada a estas horas.

—Supongo que sabrás dónde vive.

—Sí, en la calle Haruko.

—Bien, un taxi nos llevará.

—¿Piensas interrogarlo? —preguntó Yurisan, un tanto vacilante.

—Allí hay un taxi —exclamó Jack, sin dejarle exponer los temores que la muchacha abrigaba al respecto.

No tardaron en hallarse frente a una casita de una sola planta. Yurisan se adelantó para tocar el timbre y Lown le pasó el brazo por la espalda, protector, mientras esperaban a que la puerta se abriera.

Jack Lown había oído hablar del deporte nacional japonés y su sistema de lucha, que consistía en ver cuál de los dos *sumotoris* echaba a su contrincante fuera del círculo en que se hallaban metidos. El combate por la posesión de ese terreno limitado a veces duraba solo unos segundos. Pese a tener una ligera noción de lo que era el sumo, quedó perplejo a la vista del japonés que acababa de franquear la puerta.

Aquel hombre tenía una estatura aproximada de un metro ochenta y no pesaría menos de ciento cuarenta kilos. Ahora comprendía Lown que fuera muy difícil sacarle del círculo en que se practicaba la lucha...

—Buenas noches, señorita Kobold —saludó en un mal inglés, inclinando la cabeza ceremonioso.

—Itsuku, mi amigo Jack Lown, que es americano, y yo, deseamos hablar contigo.

—La casa es enteramente suya, señorita Kobold.

Jack se disponía a entrar en la vivienda, pero Yurisan le hizo una seña para que se descalzara. Lown asintió con una mueca de desagrado y obedeció la indicación quitándose los zapatos. Por su parte, Itsuku les había recibido descalzo.

Entraron en la casa limpia, cuidada, aromatizada con vegetales incinerados lentamente. Mientras pasaban a la estancia que les señaló aquel voluminoso personaje, Lown vio un pequeño altar dedicado al culto de los antepasados en el que no faltaban los diminutos jarrones con las ramas de *sakaki* siempre verdes, como la memoria del familiar fallecido. Se dijo que Itsuku debía ser un ferviente practicante del sintoísmo, religión que codo a codo con el budismo absorbía el culto general de los japoneses.

—Siéntense, por favor —invitó Itsuku, señalando unos almohadones colocados alrededor de la mesita baja que un occidental hubiera calificado de auxiliar y que para ellos era un mueble principal.

Cuando se hubieron acomodado, lo hizo Itsuku sobre otro almohadón del que Lown no apartó la vista. Deseaba ver si el cojín quedaba liso como una esterilla al quedar bajo las enormes nalgas del luchador. Después pensó que sería divertido ver a aquel gigante humano desplegar sus piernas y ponerse en pie, si es que lo conseguía.

—Itsuku, se han producido ciertas anomalías en nuestros envíos a Estados Unidos —comenzó Yurisan algo vacilante.

—¿Tiene queja de mí, señorita Kobold? —preguntó con una mirada un tanto sarcástica, aunque su rostro tenía tanta carne que casi era difícil saber si abría la boca o no.

—Déjame hablar a mí, Yurisan —pidió Lown interviniendo—. No podemos perder tiempo y si yo no tengo los modales que aquí se estilan, lo siento.

—El caballero es norteamericano y los norteamericanos siempre tienen prisa. En mi país hay un proverbio que...

—Ahórrate el proverbio, Itsuku, lo que necesito es saber por cuenta de quién —trabajas.

—Es una pregunta francamente extraña, caballero, por no decir ridícula. Sabe que trabajo para la señorita Kobold.

Jack hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó uno de los zafiros azules.

—Estoy seguro de que eres tú quien introduce estas gemas en los muñecos negros que se envían a la firma Morgan de San Francisco y por este tráfico ilegal de piedras preciosas haré que las autoridades japonesas te metan en la cárcel —amenazó Lown tajante, sin dar alternativa. Era su forma de interrogar cuando tenía prisa y deseaba desbordar a su enemigo.

Bruscamente, Itsuku se levantó como si un poderoso muelle acabara de dispararse bajo el almohadón.

El luchador se lanzó contra el yanqui dispuesto a aplastarlo, a cubrirlo con su enorme humanidad.

—¡Cuidado, Jack! —gritó la joven. Su aviso ya no servía de nada, pues el detective había entrado en acción echándose a un lado.

Itsuku cayó pesadamente sobre el cojín en que Lown estuviera sentado un segundo antes. Por su parte, el detective se puso en pie y esperó la siguiente embestida.

—¡Dime de dónde sacas los zafiros azules y te ahorrarás complicaciones, gordito!

—Itsuku no decir nada, Itsuku malar a entrometido yanqui —sentenció el *sumotori*, inclinando su cuerpo hacia adelante, dispuesto a atacar de nuevo como si se tratara de un elefante.

—¡Déjalo, Jack, te matará, tiene una fuerza muy poderosa, es capaz de torcer una viga de hierro!

El japonés abrió sus brazos formando un gran arco con ellos y llevando por delante su cabeza calva y brillante, untada con aceites, atacó.

Lown aguardó su embestida y cuando ya lo tenía materialmente encima, juntó sus dos puños y los proyectó de abajo arriba, alcanzándole de lleno en el rostro. Seguidamente, le propinó un codazo de izquierda y otro de derecha. Sin haber soltado las manos, descargó los dos puños sobre la untuosa testa. Pero Itsuku no cayó cuando, en opinión de Lown, aquello habría bastado para derribar a un búfalo.

—Parece que resistes —jadeó Jack, en cierto modo divertido, aunque sabía que si quedaba atrapado entre aquellos dos brazos podría empezar a recordar las oraciones que le enseñaran en la infancia, si es que por lo

menos quería optar a un puesto en el purgatorio.

—¡Te mataré, yanqui, te mataré! —rugía Itsuku.

Jack se dijo que lo que más le convenía era emplear sus puños con la esgrima boxística. De este modo mantendría a su enemigo a distancia y siendo más pesado, menos ágil, acabaría por vencerle.

Sucedió como había previsto. Itsuku trató de alcanzarlo inútilmente, ya que la agilidad del americano resultó una pesadilla para él, que tuvo que ir encajando golpes y más golpes, directos y ganchos que sonaron secamente al castigar su rostro.

En uno de los impactos, el japonés dio un traspie y se encontró en la habitación contigua al llevarse por delante los endeble tabiques. Por último, cayó al suelo donde quedó quieto, resoplando, con el rostro ensangrentado.

Jack le golpeó un par de veces más procurando que no quedara inconsciente, pues deseaba interrogarlo.

—¡Vamos, habla o sigo atizándote hasta que todo tu cuerpo se vuelva negro de moraduras! Si hablas pronto, te ahorrarás unos cuantos golpes.

—A mí me dan dinero por rellenar los muñecos, no sé nada más...

—¡Tú sabes de dónde procede la mercancía, dilo o será peor para ti!

—Itsuku, no te queda otro remedio que confesar —le dijo Yurisan, tratando de ser convincente.

—Debajo del Fujiyama, junto al lago Ashi, hay una casa de cemento rojo. Allí está.

—¿Dónde se encuentra exactamente esa casa? —insistió Lown—. Supongo que el lago es grande.

—Junto al lago, en la milla trescientos veintidós de la carretera, sale un camino a la izquierda. Él conduce a la casa de cemento rojo —explicó trabajosamente el luchador, enjugándose la sangre de la cara.

—Está bien, vamos a ir allá. Si callas, te dejaremos en paz, pero si avisas a tus compinches te juro que te van a meter entre rejas para el resto de tu vida. En este asunto ha habido varios asesinatos y tú te convertirás en cómplice de ellos, ¿comprendido?

—Itsuku no dirá nada... Yo solo quiero vivir tranquilo y luchar para poder ser como el gran Tahio...

—Magnífico, gordito, así te librarás de males peores, porque seguramente si te meten en la cárcel no vas a luchar más —se volvió hacia la mujer y apremió—: Vamos, Yurisan, no hay que perder tiempo. Hemos de llegar antes que Cero, no sabemos qué se esconde tras la mente de ese Maquiavelo.

## CAPÍTULO IX

El poderoso «Toyota» Carina 1.600 propiedad de Yurisan, alcanzaba grandes velocidades conducido por las manos hábiles de Jack Lown, salvando los ochenta kilómetros que les separaban del lago Ashi.

—Creo que esta vez le ganaremos la partida a Cero —opinó Lown, haciendo sonar ruidosamente el claxon al tomar una curva donde dejó impresas las huellas de los neumáticos.

—¿Crees que Itsuku buscará algún medio para advertir a sus compañeros de lo que sucede?

—Es un bruto, pero sabe lo que le conviene y no creo que quiera buscarse problemas con la ley.

—En ese caso, tienes vía libre. En menudo lío me has metido —sonrió ella, acercándosele mimosa.

—La verdad es que me haces falta, Yurisan. Yo solo no sabría encontrar la guarida de esos traficantes que han aprovechado tus muñecos para sus turbios manejos.

—Mentiroso —runroneó como una gatita—. Tú no me necesitas, lo que ocurre es que te gusta llevarme a tu lado.

Tras una hora de viaje en la noche, teniendo como estrella polar el mítico Fujiyama, la gran montaña de la isla de Honshu, llegaron a ver las aguas del lago Ashi, que se surtía de las nieves perpetuas del gran coloso.

Rodearon el lago hasta llegar al punto de la carretera en que existía la desviación indicada por Itsuku.

A distancia, gracias a que era noche de plenilunio, pudieron ver la casa de cemento rojo.

—Será mejor que detengamos el coche aquí. Esos tipos que se esconden dentro de la casa pueden recibarnos con una granizada de balas y nunca me han parecido digestivas.

—Bien, Jack, nos acercaremos a pie.

—No, preciosa —dijo palmeándole la mejilla—. Tú te quedas aquí, esperándome como una buena niña.

—No, yo voy contigo, puedo ayudarte en caso necesario.

—¿Tú? —inquirió irónico.

—Sí, yo. He practicado judo en el *Kodokan*; de no haber matado a Law en Yoshiwara te lo hubiera podido confirmar.

—Bueno, bueno, acompáñame.

Se apearon del auto, dejando todas las luces apagadas.

Delante de la casa había un pequeño embarcadero. En las quietas aguas se reverberaba la gran luna que allí parecía más grande que en ninguna

otra parte del mundo; sin embargo, donde la luna no brillaba, las aguas se veían negras, misteriosas e insondables.

—¿Estarán dentro o quizá no haya nadie por ser de noche? —inquirió Yurisan.

—Yo diría que sí debe haber alguien aunque, en cierto modo, aquí se sentirán tranquilos, es un paraje muy solitario.

Anduvieron con cautela, procurando incluso no pisar las escasas ramas que había por el suelo para no hacer ruido. De pronto, apareció una figura grande y oscura que se detuvo a una veintena de metros frente a ellos, taladrándoles con sus ojos.

—Jack, ¿qué es eso?

—No temas, Yurisan.

La figura lanzó un poderoso y corto ladrido; era un mastín de presa que estaba al cuidado de la casa.

—Lo siento por ti, chucho, pero has hecho demasiado ruido.

Sacando la silenciosa «Parabellum», Jack Lown disparó; el perro no volvería a ladrar.

—¿Lo habrán oído? —preguntó Yurisan, inquieta.

—Me temo que sí, lo que ignoro es si le harán caso o no.

Siguieron avanzando y en aquel momento apareció un individuo en la puerta con un rifle entre las manos. Al descubrirles, les encañonó rápidamente.

—¡Jack, nos va a matar!

—No tendrá esa suerte —masculló el norteamericano, disparando de nuevo su «Parabellum», que sonó como si acabaran de descorchar una botella de champaña.

El hombre no tuvo tiempo de apretar el gatillo del rifle; el plomo que recibió en el pecho, a la altura del corazón, acabó con él en el acto, empujándole y haciéndole resbalar con la espalda pegada a la jamba.

—¡Corramos, quizá ahora salga alguien más y no siempre vamos a estar de suerte! —gruñó Lown, tirando de la mano femenina.

Llegaron justo a la puerta de la casa de una sola planta en el preciso momento en que una voz preguntaba algo en japonés.

—¿Qué quiere? —inquirió Lown, mirando a la muchacha.

—Pregunta a su compañero si todo va bien.

—Entonces, será mejor esperar aquí. Aplástate contra la pared.

Escucharon pasos. Jack apretó la «Parabellum» entre sus dedos y aguardó, tenso. Al fin, una silueta un tanto temerosa asomó por la puerta interpelando a su compañero en voz baja. Cuando lo descubrió en el suelo, dio un respingo, más ya era tarde. El cañón de la «P-38», ahora caliente por los disparos anteriores, se apoyó en sus riñones.

—Quieto o te vas de viaje con tu amiguito —gruñó Lown.

El oriental, sorprendido, alzó las manos girando lentamente el rostro

hacia sus visitantes. Articuló unas palabras de las que Lown no entendió ni una sílaba.

—¿Qué ha dicho? —preguntó a Yurisan sin volver la cara, vigilando atentamente a su cautivo.

—Que él no quiere morir.

—Hum, si tiene miedo resultará fácil de convencer. ¡Adentro! —ordenó con un ademán significativo que el japonés comprendió sin dificultad.

Penetraron en la casa débilmente iluminada y Jack cerró la puerta tras de sí; no quería sorpresas por la espalda.

En apariencia, aquello era un refugio y en la pieza central del mismo había una alfombra levantada, descubriendo una trampilla que bajaba a un sótano muy iluminado.

—Jack, seguramente trabajarán abajo. Puede que haya alguien más.

—Se lo preguntaremos... —le apoyó el cañón del arma bajo el lóbulo de la oreja—: Vamos, amiguito, dime si hay alguien más abajo.

El japonés repitió varias palabras que Yurisan tradujo.

—Insiste en que no entiende el inglés.

—Bien, pues pregúntale tú si hay alguien abajo y adviértele que si miente le volaré la cabeza sin contemplaciones.

Yurisan preguntó y luego indicó:

—Dice que no hay nadie más, que estaban solos el otro y él.

—Ordénale que empiece a bajar y sin tretas...

Cuando el japonés hubo comprendido lo que el yanqui pretendía, comenzó a descender por la trampilla siempre con las manos en alto. Al parecer, estimaba en mucho su vida, él no era ningún kamikaze suicida.

El sótano era una pieza grande, limpia, blanqueada en su totalidad y profusamente iluminada por potentes lámparas fluorescentes. Había allí dos largas mesas de trabajo y varias sillas. Sobre las mesas, instrumentos de joyería y precisión.

La mirada de Jack Lown reparó en el acto en un objeto que el japonés trató de poner en marcha disimuladamente, más un puñetazo sobre la oreja se lo impidió.

—No seas testarudo, cara de limón.

—¿Qué es este mecanismo, Jack? —preguntó Yurisan, mirándole muy extrañada.

—Una formidable bomba de relojería con más de dos kilos de goma-2. Por lo visto, este sujeto tiene órdenes de volarlo todo en caso de apuro como el que está pasando.

—Pero hubiera volado él también.

—En la media hora que hay de tiempo confiaría en poder escapar. Fíjate en su cara, es un coyote a lo oriental.

Yurisan le miró y tuvo que aceptar que Lown tenía razón.

—¿Qué piensas hacer con él?

—Ante todo, dejarle bien sujeto para que no moleste. Toma tú la pistola y encañónalo. Si se pone tonto, dispara. Adviérteselo en su lengua nativa, será conveniente que sepa a qué atenerse.

A Lown le fue fácil hallar una cuerda. Luego cogió al japonés, muy inferior en estatura, y lo sentó en la silla, amarrándolo a ella fuertemente.

—¿Tendrá más compañeros?

—No lo creo, Yurisan, de lo contrario no hubiera intentado activar esa bomba de relojería. Lo que me intriga es otra cosa.

—¿El qué, Jack?

—Pues que si pretendía volar esta casucha, es que su tesoro no está aquí. Vamos a interrogarlo, pero primero daré un vistazo a todo esto. Quiero saber a qué atenerme, no me haría gracia que trataran de tomarme por idiota.

Mientras la joven morena encañonaba al prisionero con la «P-38» y sin demasiada inquietud, ya que se hallaba sujeto a la silla, Jack comenzó a buscar.

En una de las mesas, bajo un microscopio especializado para la alta joyería, de pocos aumentos y mucha precisión, con micrómetro incorporado, había lo que a cualquier profano le hubiera parecido un simple pedazo de cristal sin valor alguno.

—Eh, aquí hay un buen trozo de zafiro. Por lo visto, lo estaban tallando.

—¿Es muy grande? —preguntó Yurisan.

—Sí, por lo menos tiene cuatro centímetros cuadrados y uno de espesor. Luego lo partirán en dos y así saldrán las gemas que conocemos y que exportan a un precio muy económico para que cualquier joyero sin escrúpulos pueda venderlas luego y obtener saneados beneficios.

—¿Habrán hallado un yacimiento de corindón azul?

—Sí, el zafiro o corindón, como tú lo llamas, es una forma de cristalización de la alúmina; podría ser que el Fujiyama les hubiera obsequiado con semejante filón, de este modo también se comprendería su trabajo en la clandestinidad.

—Comprendo; tendrían que haber dado parte al Gobierno y este hubiera reclamado el derecho que tiene en estos casos, además de imponerles el impuesto correspondiente para la venta y exportación, incluyendo los aranceles aduaneros de los otros países.

—Sí, su negocio se habría visto seriamente mermado y tendrían que incrementar el valor de los zafiros en un alto porcentaje; de ese modo, los joyeros no se hubieran interesado por ellos como hasta ahora vienen haciendo.

Haciendo saltar el enorme y bello zafiro en su mano, Lown siguió buscando por el sótano.

—¿Y por qué no venden esos zafiros tan grandes? Les pagarían mucho

mejor, con una piedra así se pueden hacer joyas fantásticas.

—Sí, pero les delatarían enseguida y ningún joyero se atrevería a comprarlos. Los zafiros más pequeños son mucho más fáciles de pasar.

—Habremos de pensar que están en todo —opinó la muchacha mientras el japonés miraba a uno y a otro con expresión fría, algo desafiante pero sin articular palabra. Quizá era cierto que no entendía el inglés, o bien había mentido y estaba comprendiendo todo el diálogo a la perfección.

De pronto, Jack abrió una puerta y lanzó un silbido.

—¡Qué equipados están estos tipos! En este armario empotrado tienen varios trajes de hombre-rana con sus correspondientes botellas de oxígeno comprimido. Me parece que comienzo a intuir dónde tienen su filón...

—¿Dentro del lago quizá?

—Sí, a menos que se dediquen a pescar truchas con todo este costoso equipo.

—Si está bajo el agua, hay que reconocer que lo tenían bien seguro, por eso no les importaba volar la casa. Después de todo, su filón habría continuado intacto.

—Ahora parece que ya no hay nada más interesante que ver, será cuestión de empezar a interrogarlo. Dame la pistola, Yurisan.

—No pensarás matarlo, ¿verdad?

—Eso depende de él —respondió Lown, por si acaso el oriental comprendía el inglés, pero no era capaz de matar a un hombre a sangre fría, se hubiera repugnado a sí mismo.

—Toma, a mí me ponen nerviosa las armas.

Lown tomó la «P-38» y la mostró significativamente al prisionero, colocándola a escasas pulgadas de su nariz. Sin apartarla de su rostro, señaló con la mano izquierda un vaso que había sobre una de las mesas y apretó el gatillo. El vaso estalló en añicos.

El japonés apartó la cabeza instintivamente, pero tuvo que oler el humo producido por la ignición de la pólvora, un olor acre y desagradable que le aterrorizó.

—Ahora dile que si no responde a mis preguntas, haré con él lo mismo que con el vaso.

Apoyó el cañón sobre la oreja del oriental que apartó inútilmente la cabeza, ya que Lown le siguió con el arma, deseoso de intimidarlo.

El interrogado se deshizo en un torrente de palabras que sonaban a auténtico japonés en los oídos del yanqui, vamos que no entendió ni jota.

—¿Qué ha dicho? —gruñó.

—Dice que él no ha hecho mal a nadie, que solo es un joyero.

—¿Tanto rato hablando para decir solo eso?

—Sí, es que lo ha repetido varias veces.

—Que otra vez sea más escueto, no tenemos tiempo para peroratas. Soy

un norteamericano y la paciencia no es mi principal virtud.

Yurisan sonrió abiertamente; le divertía la peculiar forma de expresarse que tenía Jack.

—Pregúntale de dónde sacan los zafiros.

Otra vez sonó lo que a Lown se le antojó una endiablada jerga. Yurisan explicó:

—Dice que no lo sabe.

—Adviértele que apretaré el gatillo cuando cuente cinco y me va a entender porque lo haré con los dedos. Díselo rápido, porque cuando acabe de oírlo comenzaré a contar —advirtió con sequedad, dejando que el japonés viera su mirada acerada y cortante.

Yurisan tradujo lo que Jack pensaba hacer a menos que se explicara y pronto. Una vez el japonés hubo comprendido, miró aterrorizado al hombre del cabello rubio y este le mostró su mano abierta, comenzando a plegar los dedos significativamente, uno a uno.

Cuando ya solo faltaba un dedo, el oriental comenzó a hablar como si le hubieran abierto el grifo de las palabras.

—¿Qué está diciendo ahora?

—Que los zafiros se hallan dentro del lago y que él pide humildemente perdón, pero que no lo mates, que tiene hijos y esposa que mantener.

—No nos ha dicho nada nuevo, ya suponía que estaba bajo el agua, pero ¿dónde?

Poco después aquel hombre, ya desbordado, se apresuró a explicar en su lengua nativa:

—Nadando unas cien yardas en línea recta, desde el muelle, se encuentra una pequeña boya roja. Bajo ella, siguiendo la cuerda que la une al fondo, está el lugar de donde se sacan los zafiros. Él y su compañero muerto bajaban allí con sus cinceles especiales para sacar las gemas que luego tallaban aquí.

—Será cuestión de comprobar lo que ha dicho y ver qué tal es ese yacimiento.

—Pero es de noche —objetó la fémina.

—No importa. Junto a los trajes hay potentes linternas submarinas, cogeré una de ellas. Pregúntale a qué profundidad están los zafiros.

Yurisan obtuvo pronto la respuesta:

—A doscientos pies.

—Es una buena profundidad.

—Muy peligrosa, Jack; podría cogerte la borrachera de las profundidades y te quedarías abajo sin que nadie pudiera salvarte.

—No temas, he practicado submarinismo y sé lo que se debe hacer en estos casos.

—Jack, no te expongas.

—Ten calma y toma la pistola, vigila a este sujeto hasta que yo regrese.

Jack Lown fue hasta el armario empotrado y sacó una escafandra autónoma comprobando previamente por el manómetro que la presión fuera correcta. Se hizo con unos pies de pato, una brújula y también con una de las potentes linternas submarinas. No se descuidó los lastres de plomo para facilitarse un rápido descenso.

—¿No coges un traje de goma? Las aguas han de estar heladas, estamos cerca de las nieves eternas del Fujiyama.

—No, no puedo coger un traje de goma, me caería pequeño —dijo irónico, refiriéndose a la diferencia de complexión física entre los orientales y él.

Con todo el equipo pasó junto a la mujer, pero esta, antes de que partiera, le besó ansiosamente en los labios como si temiera no volver a verlo.

—No temas, preciosa, aún he de dar mucha guerra en este perro mundo.

Le palmeó la sonrosada mejilla y comenzó a alejarse, cogiendo antes la bomba de relojería.

—¿Qué piensas hacer con ella, Jack?

—No lo sé, quizá me sirva allá abajo.

Salió de la casa y se acercó al embarcadero. Se quitó las ropas hasta quedar en paños menores y contempló la quieta superficie del lago donde se reflejaba la luna y también la silueta del Fujiyama. El Ashi se había hecho famoso en todo el mundo debido precisamente a esa singularidad de reflejar la gran montaña del Japón de seis kilómetros de altura y que esforzados montañeros solían escalar para ver el sol precisamente en el lugar donde salía, asistiendo mudos y emocionados a un espectáculo incomparable.

Jack Lown se colocó el equipo y envolviendo la bomba de relojería en una bolsa de plástico para protegerla del agua, se lanzó al lago. Poco después comenzaba a nadar en busca de la boya roja.

Le fue fácil avanzar las cien yardas y también hallar la boya. Hizo una ligera flexión hacia abajo y descendió encendiendo la poderosa linterna que iluminó la cuerda que sujetaba la boya.

El descenso bajo las aguas fue impresionante. Allí todo era oscuridad, una oscuridad densa solo taladrada por el haz de luz que Jack movía de un lado a otro.

El fondo del lago en aquel lugar bajaba bastante vertical, con piedras volcánicas pegadas entre sí, de fácil alud en caso de convulsión sísmica.

Continuó descendiendo hasta llegar a una pequeña planicie, no mayor de veinte metros cuadrados. Allí encontró lo que jamás imaginara.

Sus ojos parpadearon tras las gafas. Le parecía increíble y antes de dar una opinión categórica, iluminó profusamente lo que acababa de descubrir.

—¡Santo cielo, un satélite artificial y con las siglas USA!

El satélite sumergido tenía un diámetro aproximado de un metro.

Impresionado, Jack palpó su superficie. Era toda de zafiro azul y en algunas partes faltaban trozos del valiosísimo recubrimiento.

Jack comprendió: aquellos indeseables habían descubierto el satélite y en vez de notificarlo a las autoridades lo que hacían era beneficiarse de él arrancándole los pedazos de la capa que lo hacía resistente al choque de los micrometeoritos que gravitan alrededor de la Tierra, a poca distancia de la estratosfera, ya que el acero, en tales circunstancias, quedaría destruido.

«Aunque llegara a informar rápidamente a las autoridades de mi país, tendrían muchas dificultades para sacarlo de territorio japonés. Ignoraba que ningún satélite americano se hubiera perdido, las autoridades han mantenido un riguroso silencio al respecto. Quizá sea un satélite espía y no le interese que se descubra. Lo mejor será volatizarlo...»

Le aplicó la bomba de relojería, pensando que si no lograba destruir el satélite, sí provocaría un gran alud que lo enterraría. Después, recapacitó y se dijo:

«Mejor no destruirlo. Provocaré un alud de piedras que lo entierren y cuando llegue a Norteamérica, comunicaré a las autoridades lo ocurrido. En caso de interesarles, pueden venir a rescatarlo empleando medios que resultarían imposibles de utilizar por otra banda de indeseables por lo costosos que son».

Rectificó colocando la carga en el lugar que estimo más indicado y puso en marcha el aparato de relojería. Después comenzó a subir hacia la superficie.

Cuando llegó a una profundidad de solo quince pies, lugar donde debía efectuar la descompresión si no quería frenar su cerebro por las burbujas de nitrógeno en su sangre, se detuvo. Se orientó gracias a la brújula. Miró su reloj sumergible y fosforescente y vio que eran las dos y diez de la madrugada. Había colocado la carga a las dos y cinco; por consiguiente, estallaría a las dos horas y treinta y cinco minutos.

Aguardó todavía un par de minutos antes de salir a flor de agua y seguir nadando hacia el embarcadero. Cuando llegó a él y subió por una escalerilla de madera, se encontró con una sorpresa muy desagradable.

—Buenas noches, Lown, no me esperaba tan pronto, ¿verdad? —rio cínicamente Cero.

Rodeado por sus secuaces, apuntaba directamente al rostro del norteamericano con su pistola.

## CAPÍTULO X

Jack Lown, con su equipo de submarinista y ya de pie sobre el embarcadero, permaneció inmóvil, retando con la mirada a aquel indeseable del sombrero *beige*.

—Bien, Cero, parece que estamos llegando al final de todo. ¿Va a matarme? —preguntó, mirando de reojo a los dos secuaces que acompañaban a Cero.

—Es necesario, prefiero no dejar pistas vivas tras de mí.

—Si me ha llegado la hora tendré que conformarme, ¿no?

—Eso es bueno, Lown. Usted sabe perfectamente que lamento matarle, ha sido para mí el enemigo más difícil con el que me he topado, me ha ganado la delantera.

—Sí, he llegado aquí antes que usted, pero dígame, ¿cómo se ha enterado de que era este el lugar del objetivo? ¿Itsuku, acaso?

—Sí.

—Itsuku se ha metido en líos, le advertí que no hablara.

—Ya no se meterá en más líos —silabeó sonriente, sin dejar de encañonar a su prisionero.

—¿También lo ha liquidado?

—Ya le he dicho que no dejo a nadie vivo, es una costumbre que me ha resultado siempre muy útil.

—Sí, por lo mismo eliminó a Morgan en San Francisco y a mi amigo Wilson en Londres.

—Siento que fuera su amigo.

—Sí, por él me metí en este extraño caso.

—Un caso que le ha llevado a la muerte. Debió escoger mejor sus casos, señor detective privado.

—Lo que no entiendo es por qué no me liquidó ya en el hotel en nuestra anterior entrevista —habló Lown, deseoso de ganar tiempo.

—Mi gusto hubiera sido hacerlo, ahora no necesitaría acabar con usted, pero entonces no me interesaba. Por eso le ofrecí un billete de regreso y cincuenta mil dólares que usted desdeñó, lástima.

—Pero ¿por qué motivo?

—Lown, usted es ciudadano norteamericano y en su muerte hubiera intervenido el embajador yanqui. Se hubiera recelado algo turbio y no me convenía que el gobierno de Estados Unidos viniera a meter la nariz aquí.

—Lo que le hubiera hecho perder la oportunidad de quedarse con todo.

—Exacto. Mi objetivo es ese satélite que usted acaba de ver bajo las aguas.

—¿Cómo sabe que se trata de un satélite artificial?

—Está bien, Lown, a un condenado a muerte no se le puede negar su último deseo —hizo una pausa y prosiguió con un tono jactancioso, de victoria—. Yo le llevaba ventaja, Lown, sabía lo que andaba buscando. Sabía que los zafiros procedían de la superficie de un satélite «Shadow-Midas» lanzado secretamente por los hombres de su país. Pero los secretos, cuando hay dinero y muertes de por medio, también se divulgan.

—Sí, siempre hay quien se vende, pero ¿cómo tuvo noticia de él?

—Yo soy un espía internacional.

—¿A favor de qué país?

—Del que me pague mejor. Por eso guardo datos secretos lo mismo de Norteamérica que de Rusia, China, Francia o Inglaterra.

—Y luego, la información que obtiene la vende al mejor postor siempre secundado por sus secuaces, también una amalgama internacional.

—Eso es. Me agrada tener hombres de varios países, así dispongo siempre de buenos guías e intérpretes.

—¿Y qué espera encontrar en esa cápsula, Cero?

—Unos rollos de película que son más valiosos que toda esa capa envolvente de zafiro.

—¿Y esos rollos de película qué esconden?

—Verá, este satélite fue lanzado en secreto y con una especial protección de zafiro porque iba a colocarse en una órbita muy baja. Rozaría capas de aire y entraría en contacto con los micrometeoritos y solo el zafiro podría soportar lo que un recubrimiento de satélite normal no resistiría.

—¿Y qué misión tenía ese satélite tan secreto? Porque los de la NASA siempre hacen públicos sus lanzamientos espaciales.

—En esta ocasión no les interesaba, el satélite que iban a lanzar era un auto-espía.

—¿Un auto-espía? No entiendo —dijo Lown sinceramente.

—Tenía que fotografiar todos los lugares estratégicos de Estados Unidos para conocer lo que el enemigo podía obtener si lanzaba un satélite de características similares. El revelado de los rollos de película les advertiría de las zonas que debían camuflar más y mejor. Los norteamericanos son unos niños grandes pero muy desconfiados.

—Es todo muy interesante, pero no entiendo cómo se ha enterado usted de la existencia de ese satélite antes que los propios hombres de la CIA.

—Tiene una explicación. Un hombre lo descubrió, él supo de dónde procedían estos zafiros.

—¿Quién le dio la información?

—Bah, no tiene importancia, era un traidor. Pretendía que le pagase tan valiosa información con oro, pero yo suelo pagar con plomo que es más barato.

—Bueno, por lo menos con él hizo justicia.

—Sí. Después, ya con la información en mi poder, solo tenía que buscar el cabo del hilo.

—¿Mi amigo Wilson, el que asesinó en Londres?

—Sí, él tomaba parte en este tráfico de zafiros. Por él supe que los zafiros entraban en Europa dentro de los caramelos americanos que elaboraba Morgan en San Francisco.

—¿Y se llevó una caja de la joyería de Wilson? —preguntó Jack, irónico.

—Sí.

—Pues fue una lástima, porque se descuidó usted uno de esos caramelos y fue lo que me puso en movimiento.

—Ciertamente fue un descuido que ahora voy a arreglar.

—¿Matándome?

—Exacto. Ya no hay trabas para mí, nadie va a molestarme.

—¡Eh, jefe! —interpeló uno de los secuaces de Cero, aproximándose con Yurisan por delante a la que llevaba casi a trompicones.

—¿Qué sucede, Bokone?

—Había un amarillo abajo, amarrado a una silla.

—¿Y qué pasa con él?

—Nada, ya le he afeitado el cuello con mi navaja.

—Mejor, así no hablará más. Acerca a la chica, los enviaremos juntos al infierno.

—¡Jack! —gritó la muchacha.

—¡Agáchate! —ordenó Jack, accionando de improviso el interruptor de su poderosa linterna y proyectando el cegador foco de luz sobre el rostro de Cero.

El espía internacional disparó a boca de jarro, pero Jack ya no estaba delante sino a un lado. El detective dio un violento empujón a uno de los asesinos y este cayó inevitablemente al agua al tiempo que aferraba la muñeca armada de Cero.

Con dos golpes secos y contundentes con el canto de su mano, Lown le arrebató la pistola. En aquel instante, el guardaespaldas disparó contra Jack.

—¡¡No!! —aulló el propio Cero al sentirse empujado.

La maniobra de Jack fue interponer entre él y las balas del guardaespaldas al propio, jefe de la banda que quedó acribillado. Mientras, el norteamericano disparó con la propia pistola de Cero, eliminando, al otro individuo.

Por su parte, Yurisan estaba peleando con Bokone cuando alguien más iba a intervenir en la pelea. Un coche llegó haciendo chirriar frenéticamente sus neumáticos y por la ventanilla asomó una pistola de la que escapó una lengua de fuego y una seca detonación.

Bokone cayó fulminado y Yurisan quedó libre. Corrió junto a Jack que seguía con la escafandra autónoma a la espalda y los «pies de pato» colocados.

—¡Jack! ¿Estás bien? —inquirió, trémula.

—Sí, en cambio ellos la han «palmado» todos. La suficiencia de Cero le ha perdido.

Jack intentó descubrir el rostro del personaje que se presentaba tan oportunamente. Cuando este hubo bajado del auto, acercándose lo suficiente, pudo reconocerle.

—¡Walter Hatty! —exclamó, sinceramente sorprendido.

Al ver que Jack le reconocía, la muchacha se tranquilizó.

—Fíjese qué carnicería, Hatty, y esto no es nada, porque otros se han quedado por el camino.

—Un asunto ciertamente difícil —asintió el holandés.

Jack sonrió. Alzó el cañón del arma y apuntó a Hatty.

—Levante las manos, Hatty, es un consejo de amigo.

—¿Levantar las manos, por qué? —preguntó Walter Hatty, que se hallaba casi a la espalda de Yurisan.

—Porque usted es quien ha dirigido todo este asunto de los zafiros. Usted ignoraba que estuviéramos aquí y ha llegado en el momento oportuno, sería demasiada casualidad, ¿no le parece?

El rostro del holandés cambió de expresión, tornándose grave y desafiante.

—Tire esa pistola, Lown. Tengo mi arma en el centro de la espalda de la chica y a menos que quiera que muera...

—No irá a dispararle, ¿verdad?

—Lo haré si me obliga —advirtió tajante.

—Bien, Hatty, me ha ganado esta última baza. No he pensado que usted sospecharía enseguida que yo acabaría por descubrirle y ha tomado la precaución de encañonar a Yurisan, un fallo por mi parte —admitió Lown mientras la joven notaba el cañón del arma apoyado en su columna vertebral.

—No se queje, Lown, es usted un tipo muy listo.

—De poco va a servirme porque supongo que ahora querrá liquidarme.

—No me queda otro remedio.

—Lo mismo ha dicho Cero y mire dónde está.

—Yo no voy a ser tan estúpido como él.

—Permítame que disienta, Hatty. Los que se creen más listos son los que primero se van al infierno.

—No en mi caso. La verdad, yo ya sabía que usted era un sujeto sagaz y astuto que acabaría llegando hasta aquí y descubriéndolo todo.

—Entonces, ¿por qué me dejó marchar, por qué apoyó las intenciones de *sir* Holloway?

—No me interesaba despertar sospechas. Usted intentaría descubrirlo todo y yo no podía impedírselo, al contrario, le apoyaría y de este modo llegaría al final. Ahora puedo eliminarlo tranquilamente y sin peligros y mientras, me ha estado enviando información de cuanto hacía o averiguaba.

—Francamente, Hatty, no sé quién es más maquiavélico, si Cero que ya ha muerto o usted.

El holandés sonrió ampliamente, halagado en el fondo.

—Creo que yo, porque sigo vivo. Me ha hecho un gran favor, Lown, gracias a usted ha desaparecido esta banda internacional que había metido sus narices en el asunto, estorbando mis manejos.

Yurisan quiso despegarse del arma que la encañonaba, pero Hatty no se lo permitió, sujetándola firmemente por el brazo.

—No trates de escapar, Yurisan —le pidió el propio Jack—. Él disparará, se sabe perdido.

—¿Perdido? —Hatty lanzó una corta carcajada—. Al contrario, lo tengo todo ganado.

—Se ha quedado sin hombres, Hatty, está solo.

—Eso no tiene importancia. La mano de obra japonesa es buena y barata, no tardaré en encontrar a otros hombres que arranquen los zafiros al satélite que está dentro del lago y luego los tallarán para continuar con mi negocio —siguió riendo, suficiente—. ¿Sabe cuántos zafiros se pueden sacar del satélite?

—Imagino que muchos. El satélite está recubierto por una capa completa de zafiro y la cápsula tendrá como un metro de diámetro.

—Exacto. Si hace los cálculos oportunos se dará cuenta de que la superficie del satélite es de algo más de tres metros cuadrados. Dividiéndolo en gemas rectangulares de dos centímetros cuadrados, aproximadamente, salen unas quince mil piedras, despreciando los espacios que se pierden en uniones y engarces.

—Y multiplicándolas por quinientos, que son los dólares que cobra por zafiro, resultan siete millones y medio de dólares.

—Exacto, Lown. Como verá, se trata de una fortuna que merece la pena conservarse. A mí no me interesan los secretos que puedan ocultarse en la cápsula, no soy un espía internacional, pero como joyero experimentado sé la fortuna que puede sacarse de aquí.

—¿Cómo supo que el satélite estaba en el lago Ashi?

—En el mundo de la joyería tengo amigos en todas partes. Yo era uno de los pocos hombres que conocían el elevado costo del recubrimiento del satélite y cuando un joyero japonés me mostró una esquirra de zafiro que seguramente se habría desprendido del satélite al chocar contra una roca, comprendí lo que había pasado y pregunté.

—¿Y qué le respondieron?

—Que habían visto caer una gran bola incandescente a orillas de este lago, nadie sabía de qué se trataba. Vine aquí y exploré concienzudamente el territorio hasta que di con la cápsula. No es el primer satélite que se cae, basta recordar el caso del satélite ruso «Cosmos» 054 que cayó en el Canadá a finales de enero del año 78.

—Y usted intuyó el fabuloso negocio, claro.

—Así es —asintió el holandés, satisfecho.

—Y no le importó arruinar a un montón de comerciantes ni crear un reguero de sangre.

—Ante siete millones y medio de dólares no se pueden tener demasiados escrúpulos.

—Pues ha sido una lástima porque todo está perdido, Hatty.

—¿Bromea, Lown? No pensará que va a escapar... Los tengo a ambos bajo mi poder.

—No, si no pretendo escapar. Verá, Hatty, para su desgracia he puesto una carga de explosivos accionada con relojería en el satélite; precisamente la tenían sus hombres en el sótano de la casa.

—¡Eso no es cierto! —chilló el holandés, ahora histérico.

—Yo mismo la he colocado —miró su reloj y concretó—: Antes de cinco minutos estallará, haciendo añicos todo su negocio. Mala suerte, hay que saber perder.

Los ojos del holandés brillaron de un modo extraño y Yurisan, al mirarle, se estremeció de miedo.

—¿Cinco minutos?

—Sí, eso he dicho.

—Entonces, aún hay tiempo, suban a la barca.

—¿Qué pretende? —preguntó Yurisan.

—Que él baje al fondo del lago y quite la carga. De lo contrario, la liquidaré a usted, preciosa.

—¡No vayas, Jack, igualmente te matará!

—Eso es cierto, pero si baja y quita la carga, la dejaré a usted libre, señorita —se encaró con el americano—: ¿Qué le parece, Lown, vale la pena la vida de esta espléndida chica de ojos verdes?

—Está bien, usted gana —aceptó Lown haciendo rechinar sus dientes—. Lo mismo da morir de una forma que de otra.

Descendió a la barca de remos amarrada junto al pequeño embarcadero.

—Ahora bajemos nosotros, preciosa, pero como hagas una tontería serás la primera en convertirte en angelito —amenazó el holandés.

Cuando los tres estuvieron en la barca, Lown vio el cadáver del secuaz de Cero que había empujado al agua en la lucha. Por lo visto, no sabía nadar y había perecido ahogado.

—Jack, por mí no lo hagas —pidió la joven.

—Vamos, Lown, reme y fuerte, o no tendrás tiempo de escapar.

Jack sujetó con fuerza los remos y tiró de ellos tras haber quitado la amarra el propio Hatty.

—Si yo no llego a tiempo, la barca también saltará por el aire —masculló Lown.

—No pretenda hacerme coger miedo, sé lo que hace una carga de este tipo y más colocada a doscientos pies de profundidad. El casco de la barca nos protegerá de morir reventados y la barcaza lo único que hará es zarandearse un poco.

El bote siguió deslizándose por las tranquilas aguas del hermoso lago Ashi. Los remos chapoteaban enérgicos en dirección a la boya roja que marcaba el punto crítico.

Llegaron al fin y Jack dejó de remar. Se puso en pie tras mirar el reloj.

—Le queda poco tiempo, Lown. Si no consigue sacar la bomba, la chica también le hará compañía en el fondo.

Walter Hatty estaba dispuesto a todo. Sabía que en aquellos momentos, siete millones y medio de dólares estaban a punto de escapársele de las manos, como un puñado de agua.

Con movimientos naturales, como si se dispusiera a lanzarse al lago, Jack apoyó todo su cuerpo sobre un pie y este, sobre el lado de babor de la pequeña embarcación que se inclinó tan violenta como peligrosamente.

—¡Agáchate, Yurisan! —gritó.

La chica comprendió y obedeció ágilmente. La bala que escapó del arma del holandés pasó por encima de su cabeza, rozándola.

Hatty no tuvo tiempo de disparar nuevamente; Jack le propinó un brutal empujón, lanzándolo al lago.

—¡¡Socorro!! —gritó Hatty.

Jack se inclinó sobre Yurisan, protegiéndola con su cuerpo, en el instante preciso en que el lago semejaba abrirse bajo ellos con un rumor de resquebrajamiento. Una gran columna de agua y piedras se elevó.

El bote fue como una cáscara de nuez en medio del terrible oleaje. La columna de agua se alzó cincuenta pies por encima de la superficie y un rumor sordo, de cataclismo, prosiguió por debajo del agua. El alud estaba provocado. Las piedras y tierras volcánicas se desprendían, ocultando la cápsula espacial «Shadow-Midas».

Al fin, la violencia del agua terminó y solo un fuerte vaivén hizo oscilar el bote de un lado a otro. Jack se congratuló de que la barca no se hubiera volcado.

A cierta distancia flotaba el cadáver del ambicioso Walter Hatty, reventado por la explosión submarina. De no ser por el casco de la nave, Jack y Yurisan hubieran acabado como el holandés y multitud de carpas y truchas que comenzaron a emerger hacia la superficie, completamente reventadas.

—¡Jack! —le abrazó Yurisan—. ¡Ha estallado antes de hora!

—No, encanto, ha sido en el momento justo, lo que sucede es que le he mentido a Hatty. No había posibilidad de escapar y confiaba poder librarnos de él en el momento de la explosión.

—¿Tú sabías que te pediría que sacaras la bomba? —inquirió sorprendida.

—Era la única solución que le quedaba y ha sido su perdición. Ahora toda esta pesadilla ha terminado. Comunicaré a mi embajador lo ocurrido y seguramente los hombres de la CIA se asegurarán de que la cápsula ha quedado destruida, inaccesibles sus secretos.

—¿Y qué harás luego, Jack? —preguntó ella mirándole ansiosamente a los ojos con sus grandes pupilas verdes que allí, en medio del lago y baja el plenilunio, relucían como esmeraldas.

—Pasar a cobrar una factura; he terminado un trabajo y *sir* Holloway me ha de pagar diez mil dólares que emplearé de la mejor manera.

—¿Cuáles son tus planes? —inquirió ligeramente trémula y empapada por el agua que en el momento de la explosión cayera sobre ellos.

—Mira, Yurisan, eres la mujer más singular y atractiva que he conocido jamás, tú no eres como las otras, claro que si accedes a ser mi compañera tendrás que soportar algunas cosillas...

Yurisan temblaba de felicidad. Aquella declaración de amor, muy poco ortodoxa y nada romántica, no era lo que ella soñaba cuando niña, pero Jack Lown era el único hombre que había conseguido enamorarla.

—¿Qué es lo que tendré que soportar, Jack? De antemano te digo que aguantaré lo que sea con tal de seguir a tu lado.

—Bah, cosillas sin importancia. Simplemente tendrás que acostumbrarte a que otras mujeres, al pasar, me pregunten: «¿Cuándo nos vemos, cariño?»

La besó fogosamente en la boca para no darle opción a protestar.

FIN

# **BRIGITTE «BABY» MONTFORT**

*la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de*

## **LOU CARRIGAN**

*el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por*

## **EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

*a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:*

## **ARCHIVO SECRETO**

**APARICION SEMANAL**

**RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.**

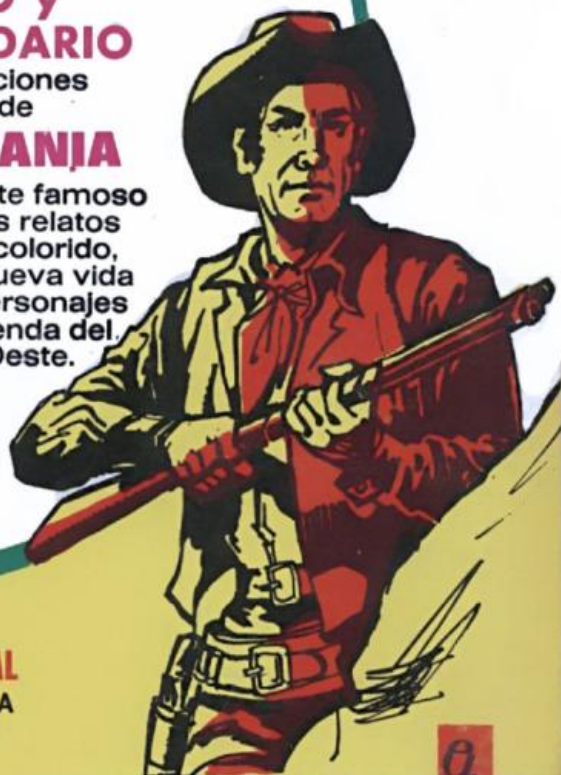
**DESDE AHORA**  
**EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**  
publica en calidad de  
**NOVEDAD EXCLUSIVA**  
en sus series

**CENTAURO y  
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones  
de las obras de

**M. L. ESTEFANIA**

el autor mundialmente famoso  
que a través de sus relatos  
llenos de fuerza y colorido,  
ha sabido prestar nueva vida  
a los esforzados personajes  
que forjaron la leyenda del  
viejo y salvaje Oeste.



**APARICION SEMANAL**  
ASEGURE LA RESERVA  
DE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.**